



■ RITOS DE ILACIÓN

Rueca para un rito con palabras

Edgardo Malaver Lárez

Desde hace unos meses —desde abril del año pasado—, solo quiero escribir para *Ritos de Ilación*. Desde entonces, tal como sucedió cuando leí *Don Quijote*, no hago más que hablar de *Ritos*, atormentar a mis amigos con *Ritos de Ilación*. Desde entonces, son pocos los que se han salvado de mi tiquitiqui de que todos tienen algo que decir, algo que escribir en *Ritos*. Si estamos comiendo en casa y uno de los comensales critica a otro que come mucho diciéndole, por ejemplo: “¡Eres un tragaldabas!”, yo pienso: “¡Tragaldabas! Eso tiene que aparecer en *Ritos*”. Si voy en el metro y oigo a un predicador decir: “Hace dos mil años atrás, nuestro Señor...”, yo me digo: “¡Ajá! Redundancia digna de *Ritos*”. Si comienza la Navidad y oigo una gaita, yo pienso en *Ritos*. En la universidad, en la playa, en el cine, el mundo me lanza —a veces violentamente— palabras y expresiones, textos y melodías que luego desfilan en *Ritos de Ilación*.

¿De qué nube me cayó esta gota? En este caso, fue la Unidad de Extensión y el deseo de Luisa Teresa Arenas de no dejar a nadie fuera. Para resumir la historia, voy a transcribir aquí un mensaje electrónico que le escribí en abril a Aura Marina Boadas, mi jefa de cátedra en ese momento, cuando Joana Do Rego y Margelyn Argüello, que eran entonces pasantes de la unidad, después de insistir mucho, lograron convencerme de crear —y crearon, junto con Leonardo Laverde— un blog para *Ritos*:

De: Edgardo Malaver
Para: Aura Marina Boadas
Fecha: 25 de abril de 2014, 0:34
Asunto: Ritos de Ilación

Hola, Aura Marina.

Siéntate, que voy a contarte un cuento. El año pasado, un sábado de febrero, para celebrar el cumpleaños de Leonardo Laverde, Luisa Teresa Arenas nos invitó a los que trabajamos con ella a un picnic en el Parque del Este. Todas las muchachas llevaron cosas riquísimas de comer —yo, que no solo para eso carezco de imaginación, llevé mi tradicional botella de dos litros de Frescolita— y, sentados en la grama, nos dispusimos a acabar con todo lo antes posible.

En medio de la charla, alguien debe haber dicho, relatando algún cuento en que se criticaba a algún ausente, que este “tenía un discurso muy inconexo”. A esto, yo comenté, llevándome a la boca un pedacito de pan con una magnífica salsa de atún hecha por Marcela: “No tenía ilación alguna, pues... ilación sin hache, por supuesto”. Y cayeron sobre mí los veinte ojos. “¿Cómo que sin hache?”, dijeron varias voces. Marcela misma debe haberme dicho con alguna de sus conocidas

interjecciones: "A ver, Edgardo, cuéntanos cómo rayos es eso de la hilación sin hache". Y yo dije que esta consistía en conservar el orden de las ideas, combinarlas con sus argumentos y llegar a las conclusiones correctas. "Bueno, eso mismo es la hilación", me respondieron. Yo les dije: "Sí, pero sin hache". Entonces todos miraron a Luisa Teresa. Y Luisa les dijo: "Sí, señor, es sin hache".

Bueno, después del consabido "Caramba, cada día se aprende algo nuevo", seguimos comiendo.

El lunes siguiente, al llegar a la universidad, me metí en la página de la Real Academia Española y busqué en los diccionarios la dichosa palabra (que me había estado atormentando todo el domingo), imprimí lo que decían y lo pegué de la pizarra.

El lunes siguiente, me dije: "Esto tiene que seguir". Y encontré en el Centro Virtual Cervantes un artículo cortito pero sustancioso sobre los diminutivos y lo pegué de la pizarra. Así que la siguiente semana le puse seriedad a la cosa: "diseñé" un "logo", le puse fecha y demás hierbas. Después de eso, he intentado que algunas personas me secunden en la redacción y casi siempre creen que estoy soñando despierto y que no tienen que hacerme caso. Hasta hace como dos semanas, que Isabel Matos me sorprendió con un texto que aprobé inmediatamente para su publicación y que es el que te mando ahora. Es el número 6 de la... de la... de la... ¿publicación?

Bueno, te fastidio con todo este cuento porque creo que te va a gustar la idea, a la cual, desde ahora mismo estás invitada. Sería un regalo del cielo si un día te sumaras a este divertimento.

Muy bien, para no quitarte más tiempo, te dejo el texto aquí para que lo disfrutes.

Hasta luego.

Edgardo

Aura Marina me respondió encantada. Ciertamente, hasta esa fecha, la única que me había enviado algo para publicar era Joana Do Rego (*Ritos V*). Las protestas de los profesores universitarios que se desarrollaron en el 2013 y las de los estudiantes del 2014 nos detuvieron. Entre el 13 de mayo del primer año y el 23 de abril del segundo, es decir, entre el inicio de las primeras protestas y el final de las últimas, éramos dos y estábamos íngrimos en la pizarra. A partir de entonces, se sumaron Isabel Matos (que se inició, como hemos visto, en *Ritos VI*), Sara Cecilia Pacheco (en *Ritos IX*) y Aurelena Ruiz (en *Ritos X*). Y más tarde, vinieron Luisa Teresa Arenas, Leonardo Laverde y Ramón Aparicio, que comenzaron en *Ritos XI*, *XV* y *XXIX*, respectivamente. Viendo aquello, pensé, como Robinson Crusoe el día en que llegó Viernes: "Ya no estoy solo". Y todos ellos me han dado una magnífica compañía.

Sin embargo, fue el 18 de agosto del 2014 cuando debutó mi más decidida colaboradora: Laura Jaramillo. El día anterior, nervioso porque ese día no me brillaba el cacumen, abrí el correo sin muchas ilusiones y encontré un mensaje de Laura titulado "La lengua es una vaina seria". Ese fue su primer artículo, el número XVIII, y así, entre su tejemaneje por el español de Colombia y el lenguaje del deporte, va poblando la rueda con sus hilos.

Mi política también es que todos caben. Todos, especialmente si son miembros de la comunidad de la Escuela de Idiomas, están invitados a participar (escribiendo, leyendo, pensando, comentando, corrigiendo, trujamaneando, sugiriendo, difundiendo), es decir, quien desee publicar alguna reflexión sobre la lengua (incluso sobre las lenguas de la escuela, e incluso escrito en esas lenguas) tendrá la puerta (o la página) abierta, con tal de que haga esa reflexión en unas 500 palabras. Después de 37 notas, he concluido que todo se puede poner en 434,08 palabras, que es nuestro promedio. Si su reflexión requiere más de 500 palabras, o usted es tan tiquismiquis como Ángel Rosenblat, llegue hasta mil, y las publicamos en dos lunes seguidos, como hicimos en *Ritos XVII* y *XVIII*, o escriba incluso más y lo dividimos en tres segmentos, como en *Ritos XXXIII*, *XXXIV* y *XXXV*.

Y si le faltan temas, vuelva a leer este texto y elija una de esas palabras curiosas que he esparcido por él, escudriñela por dentro y díganos lo que haya encontrado. Y si no le atrae esa opción, lea los 37 ritos que le entregamos a continuación y responda alguno. Estamos, como Teseo después de la batalla, ansiosos de seguirle el hilo.

emalaver@gmail.com

ETIQUETA: Vida universitaria

Ilación

Ahora que miramos atrás, sabemos que este es el texto inaugural de Ritos de Ilación. No fue concebido como artículo para la primera edición de la... ¿revista?, que no existía aún, ni mucho menos como entrada del blog, que vino más tarde, pero sí fue compuesto intencionalmente al amparo de un espíritu que se fecundó ese día y que más tarde ha seguido animándonos. Entonces, para ser históricamente rigurosos con nosotros mismos, pero también para disfrutar, diríase, hemerográficamente, de todo lo que hemos escrito, ponemos aquí lo que podemos llamar nuestro... N° I

ilación. (del lat. *illatio*, -ōnis). **1.** f. Acción y efecto de inferir una cosa de otra. **2.** f. Trabazón razonable y ordenada de las partes de un discurso. **3.** f. *Fil.* Enlace o nexo del consiguiente con sus premisas.

La palabra *hilación* no está registrada en el Diccionario.

Diccionario de la Real Academia Española, 2001

ilación. 'Acción de inferir o deducir' y 'conexión lógica': «Ella comenzó a hablar en frases entrecortadas y sin ilación» (Mutis *Ilona* [Col. 1988]). Este sustantivo proviene del latín *illatio* ('inferencia, deducción'). No es correcta la grafía *hilación*, debida al influjo de *hilar*, verbo con el que etimológicamente no guarda ninguna relación.

Diccionario panhispánico de dudas, 2005

<http://www.rae.es/>

25 de febrero del 2013



Intentando dar forma a la idea nacida una semana antes, recurrimos a este breve pero sustancioso artículo de José Antonio Millán (originalmente publicado en la sección "Rinconete" del Centro Virtual Cervantes) sobre ese fascinante fenómeno de los diminutivos que se han independizado de sus 'familias de palabras' y andan por ahí, como infiltrados entre otros sustantivos que no tienen ese rasgo. Tómese, entonces, con nuestro reconocimiento al CVC, como nuestro... N° II

Diminutivos ocultos.

José Antonio Millán

El *Diccionario de la Real Academia* contiene más de millar y medio de diminutivos.

Muchos de ellos son diminutivos de sustantivos que hoy ya no existen, o son poco usados, lo que hace que no sean reconocidos como formas derivadas. Veamos algunos casos curiosos.

Ardilla, el conocido roedor, es un diminutivo de *arda* o *harda* (que refiere precisamente al mismo animal, pero que es un nombre que ya nadie utiliza).

Abanico viene de *abano*, que era precisamente el mismo instrumento. *Abanar* venía del portugués *abanar*, 'aventar', 'cribar', y *abano* se utilizaba aún en el español del Siglo de Oro.

Cangrejo es el diminutivo de *cangro*, que se refería al mismo animal.

Observemos que la mayoría de los diminutivos fósiles provienen de los sufijos *-ico*, *-illo*, *-ejo*, que eran los más usuales en el español antiguo, en vez del moderno *-ito*.

Publicado originalmente en la revista Rinconete del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/>) el 16 de octubre del 2000. Reproducido en Eventos por gentileza del Instituto Cervantes (España).

http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/octubre_00/16102000_03.htm

Año I / N° II / 4 de marzo del 2013

Una palabra curiosa, una expresión antigua, una falta ortográfica, un refrán, un poema, un título de película, el idiolecto de las abuelas... todo lo que toca la lengua es materia de *Ritos de Ilación*



¿Cuál otra se le ocurre a usted?

Edgardo Malaver Lárez

Hay gente para todo: gente que come moscas, gente que colecciona botellas de refresco, gente que se congela para esperar la resurrección. Y gente que recoge curiosidades lingüísticas.

En español, las curiosidades son muchas. Por ejemplo, la palabra *oía* tiene tres sílabas en tres letras. La palabra *menstrual* es la más larga con solo dos sílabas. El vocablo *cinco* tiene a su vez cinco letras, coincidencia que no se registra en ningún otro número. La palabra *electroencefalografista*, con 23 letras, se ha convertido en la más extensa de todas las admitidas por la Real Academia Española en su diccionario. En plural, serían 24. La palabra *pedigüeñería* tiene los cuatro firuletes que un término puede tener en nuestro idioma: la virgulilla de la eñe, la diéresis sobre la u, la tilde del acento y el punto sobre la i. El vocablo *reconocer* se lee lo mismo de izquierda a derecha que viceversa. Y hay una curiosidad que más bien parece un insulto creado por los argentinos para lanzarse entre sí cuando no gana el candidato de su preferencia en alguna elección: alterando el orden de sus letras, la palabra *argentino* solo puede ser transformada en *ignorante*.

Todo esto está en el nivel lexical, pero llevando este empeño al terreno de la morfosintaxis, encontramos una palabra cuya pronunciación requeriría, si la encontráramos escrita, que nos detuviéramos por lo menos un instante a pensar. ¿Cómo pronunciaría usted la forma verbal *salle*, el singular del imperativo *sálganle* o *salidle*? Tendría que ser ‘sal-le’, en contra de lo que parece indicar la ortografía.

La semántica, finalmente, también nos ofrece sus aportes. París, por ejemplo, tiene fama de ciudad romántica, pero el nombre de ciudad que aparece al leer al revés la palabra *amor* es Roma.

¿Cuál otra se le ocurre a usted?

emalaver@gmail.com

Año I / N° III / 10 de abril del 2013



Nicenoconstantinopolitano

Edgardo Malaver Lárez

Una de nuestras lectoras, Joana Do Rego, nos escribe desde Venezuela. Muchas gracias, Joana, por los saludos y por tenernos presentes.

Dice Joana que le gustó una de las curiosidades lingüísticas a las que dedicamos el número 3 de *Ritos de Ilación*: la de la palabra más larga de todas las incluidas en el Diccionario de la Real Academia Española, *electroencefalografista*, y que pudo incluso utilizarla en una oración: “El electroencefalografista estará ocupado hasta las tres”. Debe trabajar en una oficina. Despide su mensaje solicitando más comentarios nuestros sobre esta y otras palabras particularmente largas.

Para responder a esta lectora, iniciamos una paradójicamente breve investigación que nos dio varias sorpresas. Por ejemplo, encontramos en la página 11 del diario *Notitarde*, de Venezuela justamente, del 21 de enero de este año, una nota que habla de los vocablos más largos del mundo. Dice que se lleva la palma la palabra *lopadotemachoselachogaleokraniroleipsanodrimhypotrimmatosilphioparaomelitokatakechymenokichlepiakossyphophattoperisteralektryonoptekhephallioikigklopeleiolagoiosiraibaphetraganopterygon*, que, como se ve, contiene 182 letras. Es un término del “griego antiguo, que fue inventado con fines humorísticos por el escritor Aristófanes, para designar una comida ficticia”. Aristófanes vivió entre el 444 y el 385 antes de Cristo, pero de haber vivido en el actual siglo y de haber escrito en español, probablemente habría tenido que sustituir algunas *k* por *c* o por *qu*, algunas *ph* por *f*, etc., con lo cual la dichosa palabra terminaría teniendo, en nuestra lengua, apenas 177 caracteres. Bastante.

En español, a pesar de que existen (o por lo menos pueden construirse cuando se necesitan, gracias a la composición o la derivación) palabras más largas que *electroencefalografista*, pero lo que deseábamos destacar la semana pasada era que es esta la más larga que se encuentra en el diccionario; el español es un idioma, al parecer, mucho más sintético que algunos otros. Otra palabra que parece estirarse mucho es *nicenoconstantinopolitano*, de 25 letras, que no ha aparecido nunca en ninguna edición del diccionario de la Academia a pesar de pertenecer al ámbito religioso —el credo católico se llama así desde el año 381—. También es posible componer: *otorrinolaringológicamente* y *contrarrevolucionariamente*, de 26; *electroencefalográficamente*, de 27, e incluso *anticonstitucionalísimamente*, ¡de 28!

Este parece ser el máximo de longitud en español. Un profesor de morfosintaxis, sin embargo, se daría banquete “desarmando” esta palabra en sus numerosos componentes y demostraría que la lengua española es capaz, así, de concentrar una inmensa variedad semántica en formas léxicas verdaderamente reducidas.

Hemos encontrado, a pesar de todo esto, la exageración de las exageraciones en español: *pentaquismiriohexaquiskiliotetracosipentaquismiriohexaquiskilotetracosiohexacontapentagonal*. Si estuviera en el diccionario, diría: ‘perteneciente o relativo al polígono de 56.645 lados’. Noventa y dos caracteres apenas, ¡en singular!

emalaver@gmail.com

Año I / Nº 4 / 22 de abril del 2013



¿Cuba fue una colonia estadounidense?!

Joana Do Rego

Durante las pasadas dos semanas, he fastidiado al editor de *Ritos de Ilación*, Edgardo Malaver Lárez, para que siga publicando la revista; sin embargo, aquí en esta tarde de fotocopias, recordando una de las últimas novelas románticas que leí (son mi debilidad), recordé que uno no debe pedir a los demás lo que no está dispuesto a hacer uno mismo, así que, aquí tienen mi primera contribución a *Ritos de Ilación*.

Los asistentes al picnic que discutieron sobre la ortografía de la palabra *ilación* en el parque Francisco de Miranda



El primer tema del tercer trimestre en Laboratorio de Inglés es la Crisis Cubana de Misiles; teniendo todo el tiempo del mundo —estudiante al fin— esperé hasta última hora para estudiar y cuando voy a revisar los documentos que descargué de la red, resulta que son requetelargos, así como la palabra *niconoconstantinopolitano* de la que se habló en el *Ritos* pasado (el cual deberían leer).

Después de tanto leer, una compañera me dice que Cuba se independiza de España a finales del siglo XIX y que luego de eso comienza a ser colonia estadounidense. Se podrán imaginar el tamaño de mi sorpresa luego de haber crecido en un mundo donde Castro odia el imperio.

Así que he aquí los datos que recopilé: Cuba, evidentemente, como casi toda América, fue colonizada por España en el siglo XIV; en 1868 empieza la llamada Guerra de Diez años, con la que los cubanos tratan de liberarse del yugo español; hasta 1895, Estados Unidos hace grandes inversiones en Cuba, principalmente en tabaco y caña de azúcar; después de muchas disputas, como siempre Estados Unidos fue el héroe del día, y logró “liberar” a Cuba, solo para poner la fusta bajo su propia mano y es hasta la llegada de Fidel Castro que Cuba por fin se ve fuera de la mano yanqui o eso es lo que los cubanos pensaron...

j.zerpa5@gmail.com

Año I / Nº V / 13 de mayo del 2013

Update

Hoy, 21 de julio de 2014, mientras reviso/corrijo el texto para publicarlo adecuadamente en el blog, me gustaría agregar otra cosa curiosa que descubrí sobre Cuba en la clase de Analysis de Inglés III: hasta hace poco hubo muchas noticias acerca de Guantánamo y su cárcel. Siempre que escucho eso me viene a la mente el desierto de Mojave, despiadado e infértil, con plantas rodadoras por doquier. Pero resulta que Guantánamo está ubicado en la muy fértil tierra cubana donde la mayoría de sus habitantes viven de la producción de caña de azúcar y café. Luego de la intervención de Estados Unidos, a través de la Enmienda Platt (<http://www.ourdocuments.gov/doc.php?flash=true&doc=55>), obligaron a Cuba a ceder parte de su territorio bajo la amenaza de que la invasión seguiría, a menos que el “arriendo” fuera posible. Desde entonces hasta 1960, Estados Unidos hizo un pago simbólico de 5.000 dólares anuales, hasta que el gobierno de Castro se negó a seguir recibiéndolo. Definitivamente el estudiante

de Idiomas necesita saber más cosas además del conocimiento lingüístico de las lenguas que domina, necesita conocer la cultura propia y la de su entorno.



[Para recordar nuestro primer aniversario (25 de febrero), que quedó opacado por la ola de protestas ocurridas en toda Venezuela, y para celebrar el Día del Idioma de este año, Ritos de Ilación reinicia la publicación de sus notas, que esperamos regularizar ahora que el equipo ha crecido]

Congorocho

Isabel Matos

Esta palabra me ha acompañado desde que aprendí a pronunciarla. La usaba para cualquier insecto que se pareciera a un escarabajo. Aunque estaba especialmente reservada para unos congorochitos que vuelan frenéticos hacia los bombillos encendidos hasta quedar exhaustos o, en su defecto, asados por el bombillo.

En el DRAE no está registrado. Tampoco en múltiples diccionarios de venezolanismos en línea [1]. Realizo una búsqueda simple en Google y encuentro varios resultados:

1. Un pueblo en el estado Guárico, a unos 20 kilómetros de San José de Guaribe. Otros sitios web dicen que pertenece a Anzoátegui, pero ni siquiera Google Maps tiene fotos o información alguna del lugar. Ese no es el congorocho que yo conocía.
2. Un insecto de la familia de los Miriápodos, es decir, un ciempiés. No precisamente el insecto que recordaba, pero al menos es un insecto. Este congorocho vive en la selva húmeda [2], así que no sé muy bien cómo el vocablo vino a parar en mi casa del llano árido.
3. La búsqueda de imágenes es más alentadora. Muchos ciempiés y uno que otro escarabajo. Así que luego de visitar las páginas de los escarabajos encuentro que un venezolano respondió en un blog una vez, por allá por el 2008, que a los escarabajos se les dice congorocho también. Además una joven publicó también una foto de un hermoso bordado en punto de cruz titulado *Congorocho* en otro blog en 2011.
No soy la única. Respiro aliviada. He aquí la foto del célebre congorocho:



[1] Por ejemplo: http://projetbabel.org/internet_venezolanismos.htm#C
<http://ensartaos.com.ve/cultura/diccionario-de-venezolanismos>.
<http://www.comercioexterior.ub.es/correccion/venezuela/cultura/Diccionario%20de%20Venezolanismos.htm>.

[2] De acuerdo a <http://www.mucubaji.com/guaquira/EEGBiodMyriapoda.html>.

isabelmercedes@gmail.com

Año II / Nº VI / 23 de abril del 2014



“Tu misión, Jim, si decides aceptarla...”

Edgardo Malaver Lárez

Sabemos que durante la Conquista y la Colonia muchas ciudades de América —en México, por ejemplo— nacieron alrededor de las misiones fundadas por los evangelizadores que tenían el objetivo de convertir a los indígenas al cristianismo. Muchas de esas misiones fueron destruidas a partir del siglo XVII, otras subsistieron y terminaron mimetizadas dentro del mar de la ciudad que crecía y crecía, y —en Venezuela, por ejemplo— han dejado rastros que emocionan a los enamorados de la historia: no es infrecuente tropezarse en algún pueblo pequeño con una cruz más o menos grande en medio de una calle, de una pequeña plaza o incluso en algún jardín, con una fecha que delata su origen a la vez civilizador y espiritual. Desde abril del 2003, existen en Venezuela misiones diferentes a aquellas que pretendían extender la fe cristiana en el Nuevo Mundo. La primera de las “misiones” ideadas por el gobierno y que honrosamente llevaba como apellido el apodo que utilizaba don Simón Rodríguez se proponía, al menos idealmente, eliminar de Venezuela el analfabetismo. Después de esta, con la consecuente sensación de que el gobierno estaba trabajando en diversidad de campos en que se necesitaba la acción de un equipo responsable, pensó también en la Misión Sucre, la Misión Ribas, la Misión Guaicaipuro, y más tarde Misión Árbol, Misión Identidad,

Misión Ciencia. Proliferaron tanto —son al menos 33—, que pareciera haber una, o más de una, por cada tipo de problema que hay en Venezuela. Algunos tienen nombres un tanto exagerados y rimbombantes que parecieran querer abarcar todo el país con el solo nombre, como la Misión A Toda Vida Venezuela, la Misión Niños y Niñas del Barrio o la Gran Misión Vivienda Venezuela. Es tanto lo que el gobierno ha hecho girar su trabajo alrededor de las “misiones”, que hasta los humoristas comenzaron en algún momento a tener sus propias misiones: la de Emilio Lovera es un programa llamado *Misión Emilio*, que se transmite por TeleVén.

La construcción de estos nombres probablemente haya sido inspirada por el título de una archiconocida serie de televisión *Mission: Impossible*, que transmitió originalmente CBS entre 1966 y 1973. El canal grabó una nueva versión de la serie entre 1988 y 1990, antes de que Tom Cruise aterrizara en la tradición de las misiones en 1996. Cada capítulo comenzaba con el mensaje de un agente del gobierno americano que le explicaba al protagonista, Jim Phelps, mediante un mensaje grabado —que se destruiría cinco segundos después de ser escuchado—, un delicadísimo problema diplomático que, con frecuencia, hacía peligrar la estabilidad de un gobierno, la vida de un líder internacional, la paz del mundo. El mensaje invariablemente decía: “Tu misión, Jim, si decides aceptarla...”.

Lo interesante del título *Misión: Imposible* son los dos puntos, de los que casi nadie se percató. Puesto en evidencia por este signo, el sentido del título es que al equipo dirigido por Phelps se le encargan unas misiones que no puede cumplir nadie más que ellos, dada la peligrosidad del enemigo

Joana Do Rego, cen., pasante de la UE, fue la primera en enviar un rito, además de dar los primeros pasos en la producción del blog; Marcela Larrea, a su der., y Luisa Teresa Arenas y Gabriela González, izq.



o las ínfimas posibilidades de éxito. La palabra *imposible* no es adjetivo del sustantivo *misión*. Las dos palabras son sustantivos. Es decir, a Phelps se le está diciendo en realidad: “Tu misión, Jim, si decides aceptarla, es lograr un imposible”. La misión es lo imposible. Misión: imposible.

La palabra *misión*, entonces, tiene en Venezuela una acepción nueva, que quizá un día se agregue a las diez que da el diccionario, puesto que ya no parece que su uso vaya a ser pasajero. Tampoco parece que vaya a ser pasajera la práctica de ponerle nombre a algo tan imbautizable como una misión de cualquier naturaleza, de ignorar las señales que nos da la lengua, que son gratuitas y, ergo, de actuar antes de reflexionar. Nuestra misión, ya que hemos decidido aceptarla, tendría que ser lograr el “imposible” de ver, en medio de tanta dificultad, hasta el último detalle.

emalaver@gmail.com

Año II / N° VII / 12 de mayo del 2014



¡Abajo cadenas!, gritaba el señor

Isabel Matos

Ese *señor* que grita en nuestro himno nacional es, de acuerdo a algunos sitios de Internet, el señor acomodado, mantuano, con propiedades y demás. Ese señor pedía libertad de la misma manera que la pedía “el pobre en su choza”.

Al consultar al diccionario de la Real Academia Española encuentro que son 22 las definiciones disponibles para la palabra *cadena*. La primera es la que se refiere a una serie de eslabones enlazados, luego cadenas humanas y otras definiciones más mecánicas. En el puesto número seis se presenta una definición que pudiésemos aplicar a la situación política del país: opresión o poder absoluto. Esta definición seguramente es la misma que se usó en nuestro himno nacional. La séptima definición menciona una serie de instalaciones pertenecientes a la misma empresa, ¿acaso no se trata de los ministerios y misiones del actual gobierno? A mi parecer, se trata efectivamente de otra cadena. La novena definición nos habla de un conjunto de emisoras de radio y televisión que transmiten el mismo mensaje. Qué curioso, me parece que VTV, ANTV, TeleSur y Globovisión son efectivamente otra cadena. Lo invito en este momento, querido lector, a que revise la definición número 21 que nos

brinda la RAE. Creo que estará de acuerdo en que es una cadena burocrática. Pareciera que cada definición de cadena nos brinda una definición de país.

Los nombres cambiaron pero son los mismos señores que gritan ahora en cadenas (nacionales, de radio y televisión), aunque ahora piden cárcel para aquellos que osaron pedir libertad.

isabelmercedes@gmail.com

Año II / N° VIII / 19 de mayo del 2014



¿Qué es este merequetengue?

Sara Cecilia Pacheco

En ocasión de mis veinte años en Venezuela

Tenía diez años y quería integrarme. Practicaba frente al espejo palabras, expresiones, frases como *¡Cónchale, vale!* Me esforcé y lo logré al punto en que hay quien tras tiempo de conocerme no sabe que no nací aquí. No solo quería aprenderme las palabras, dejar de nombrar a la lechosa, *papaya*; quería también aprenderme el cantaíto. Quería hacerme imágenes. Quería adueñarme de ellas. Entre esas palabras estaba *merequetengue*, tan larga, tan sonora, difícil de definir... Hoy en día puedo decir con total naturalidad que *merequetengue* es así como un tira y encoge, algo entretenido, un asunto que es como confuso, movedido...

Solo ahora se me ocurre buscarlo en el diccionario. Y no está. Mi intuición me lo decía hace veinte años. Busco y busco y resulta que, como yo, esa palabra con tanta sonoridad venezolana no es de aquí, es cocoliche —una jerga de inmigrantes italianos—. Y tal como entendemos todos, significa lío, desorden, caos... Un maracucho ya lo explicó en Internet: <http://maracucholario.blogspot.com/2013/08/merequetengue.html>.

Por cierto, nunca he escuchado la canción de Porfi Jiménez.

¿Ven cómo me adueñé de este merequetengue?

sarace.pacheco@gmail.com

Año II / N° IX / 26 de mayo del 2014

Se armó la sampablera

Aurelena Ruiz

Cuando hay alguna revuelta por ahí —algo muy fácil de encontrar hoy en día en Venezuela— solemos escuchar a la gente decir que “se armó la sampablera” pero, ¿sabemos de dónde viene esa expresión?

No es difícil deducir que viene del nombre de san Pablo, el apóstol que convirtió el cristianismo en una religión universal. San Pablo era hijo de judíos fariseos y participó en las primeras persecuciones contra los cristianos, pero, luego de escuchar a Jesús en su viaje a Damasco, “revolucionó” su vida y se convirtió a la nueva fe. Desde entonces, se dedicó a predicar la palabra de Dios por todas partes; fundó comunidades cristianas a lo largo de Asia Menor y Europa, hasta llegar a Roma.

Durante su larga travesía san Pablo tuvo que “luchar” con muchos judíos y cristianos para liberarlos de algunos rituales del judaísmo, en dos oportunidades fue “encarcelado” y juzgado en Roma y, aunque su muerte no está muy clara, todo parece indicar que fue “ejecutado” en ese mismo lugar.

A pesar de que la historia de san Pablo está muy asociada con la controversia, la lucha, la revolución y la violencia, no es directamente de este apóstol de donde viene la expresión, sino de la Plaza San Pablo, ubicada en el centro de Caracas donde actualmente se encuentra el Teatro Municipal.

Resulta que el 2 de agosto de 1859, ocurrió en Caracas un enfrentamiento entre liberales y conservadores, luego del golpe de estado contra Julián Castro, dirigido por el conservador Manuel Vicente de las Casas.

Julián Castro, considerado como “antipartidista”, fue elegido como presidente interino tras la renuncia de Monagas en julio del 58. En febrero de 1859 Castro renuncia por aparentemente sufrir de una enfermedad, pero pronto recupera el cargo y les da su apoyo a los liberales.

Luego de derrocar a Castro el 1° de agosto, De las Casas lo encarcela y se declara también a favor de los liberales; sin embargo, los civiles no lo apoyan y los conservadores retoman el poder.

Por su parte, Pedro Vicente Aguado, jefe de los liberales en La Guaira, se entera del derrocamiento y decide ir con sus tropas a Caracas. Aguado esperaba encontrarse con una ciudad bajo el dominio de los liberales, pero, por el contrario, fue recibido en la Plaza San Pablo por los conservadores, trayendo como consecuencia una feroz batalla que generó una gran alteración del orden público.

Aquiles Nazoa afirma que “de aquel suceso memorable se originó la palabra caraqueña sampablera”, dando a entender que existe alguna disputa, pleito o alboroto.

En los últimos meses, son muchas las sampableras que se han armado en el país, especialmente en San Cristóbal y Altamira. ¿Será entonces que en unos cien o doscientos años nuestros descendientes dirán que se armó una “sancristobalera”?, ¿o quizás una “altamirera”?

aurelena.ruiz@gmail.com

Año II / Nº X / 2 de junio del 2014



Confusión remota entre **b** y **v**

Luisa Teresa Arenas Salas

¿Cómo dices tú: [benesuéla] o [venesuéla]?

¿Cómo debe decirse: [benesuéla] o [venesuéla]?

¡Pon atención a lo que dice la gente a tu alrededor! ¡Escúchate a ti mismo y observa tu pronunciación! ¿Cómo pronuncia la gente la letra <v> *chiquita*, <v> *de vaca*, como la llamamos en Venezuela, o letra *uve*, como se recomienda en la última edición de la *Ortografía de la lengua española (2010)*? Anota cuántas veces escuchas que pronuncian la <v> como bilabial [b] o como labiodental [v]. Compara tu observación con la argumentación que a continuación escribo.

No existe en español ninguna diferencia en la pronunciación de las letras y <v>; ambas representan el fonema bilabial, oclusivo, sonoro, oral /b/. ¿Por qué?, se preguntarán muchos de ustedes. Porque la articulación labiodental de la <v> no es propia del sistema fonológico del español. Pronunciarla así: [viviénda] es “un error que comenten muchas personas por un equivocado prurito de corrección” (RAE, 2010: 92), basado en recomendaciones que en el pasado se hacían en la *Ortografía* y la *Gramática de la Academia*. O también por imitación de otras lenguas como el inglés y el francés, en las que la pronunciación labiodental sí es propia. Esta confusión remota existe, a pesar de que en el *Diccionario de autoridades (1726-1739)* se reconoce que “los españoles no hacemos distinción entre estas dos letras”.

Ahora bien, si tu hábito lingüístico es la pronunciación labiodental de la <v>, no te angusties, es parte de tu idiolecto producto de esa confusión que viene de tu tránsito por la escuela, en la que tus profesores de español insistían (y aún

insisten) en la pronunciación labiodental de la <v>, bien sea como recurso mnemotécnico para la correcta escritura o simplemente para hacer real distinción entre los dos grafemas. También, actores, personalidades de la televisión y hablantes quienes, pretendiendo mostrar una buena dicción, caen en el vicio de la ultracorrección. Se inicia, pues, para todos, un proceso de reaprendizaje.

Ahora tienes el conocimiento: “la pronunciación correcta de la letra <v> en español es idéntica a la de la letra , por lo que no existe diferencia de pronunciación en nuestro idioma entre palabras como *bello* [béjo] (hermoso) y *vello* [béjo] (pelo)” (RAE, 2010: 92), *bota*[bóta] (calzado) y *vota* [bóta] (acción de depositar el voto). ¿Cómo diferenciarlas, entonces?! La respuesta a esto podría ser tema de otro *Ritos de Ilación*.

Lo que sí no debe hacerse, queridos y respetados colegas lectores, es obligar a nuestros pupilos a una pronunciación labiodental de la <v>, pues, “sin querer queriendo”, por falta de conciencia de lo comunicado aquí, sostenemos esa remota confusión en el aula, pretendiendo mejorar la ortografía. Ahora, apreciados lectores, especialmente mis colegas docentes y locutores, les digo: [benesuéla], [bída], [abentúra], [bitalidad]... es la pronunciación correcta de las palabras *Venezuela*, *vida*, *aventura*, *vitalidad*, en cualquier situación de habla sea esta formal o informal.

Bibliografía:

Real Academia Española (2010). *Ortografía de la lengua española*.

Madrid: Espasa.

ltarenas13@gmail.com

Año II / Nº XI / 16 de junio del 2014



Que tu y sea y y tu o sea o

Edgardo Malaver Lárez

Es una cuestión de sentido común. *Y/o, y/u, e/o, e/u...* u, o, y, e... ah... ¿*U* o *e*...? ¿No es demasiada complicación, cuando, utilizando el sano sentido lógico, sería tan sencillo?

Ya habrá visto usted algún letrero en algún quiosco cerca de su casa que ofrezca “malta y/o refresco”, con lo cual el comerciante debe tener la ilusión de que les expresa a sus posibles clientes que están en la libertad de comprar, si lo

desean, las dos cosas, pero que pueden, también, decidirse por una sola de las dos opciones. Qué amable.

Los habitantes del mundo de la banca se comportan a veces como si tuvieran resguardada en sus bóvedas la partida de nacimiento de esta curiosa... ¿conjunción?, y es fácil imaginarse —aunque esto está por demostrarse— que aparecerá en el custodiado documento el nombre de algún banquero conocido... o de un gerente financiero... o de un abogado mercantil.

¿De dónde viene este constructo bicéfalo, esta especie de vacilación conjuntiva, de disyuntiva doblemente bifurcada (puesto que una de sus sendas es ya, por sí sola, una bifurcación)? Viéndola con cuidado —con algo de cariño, como si deseáramos utilizarla seriamente—, la construcción *y/o* es toda perplejidad y toda confusión. Más allá del quiosco y el banco, si la palabra que la sigue es, por ejemplo, *oscuro*, ¿habrá que escribir “misterioso *y/u* oscuro”? Y si sigue, por ejemplo, *inmenso*, ¿tendrá que ser “solitario *e/o* inmenso”? Ya a esta corta distancia, pareciera que algo nos falta, que alguna fibra de ella nos fuera extraña. Algo de esquemático tiene, que no es armonioso.

La revista *Punto y Coma* publicó en 1991 una nota sobre este fenómeno, que parece una orden de fusilamiento en su contra:

y/o. Un «aviso» destinado a los traductores de la antigua división de traducción española de Luxemburgo establecía «*la abolición, salvo petición expresa del servicio interesado, del uso de la expresión “y/o”, que deberá sustituirse siempre por “o”.* La razón de ello es que en español la conjunción “o” tiene ya de por sí carácter no excluyente (la expresión “comer manzanas o peras” puede equivaler indistintamente a “comer manzanas”, “comer peras” o “comer manzanas y peras”)». El rechazo de este esperpento lingüístico no es nuevo ni exclusivo de los traductores españoles: nuestro compañero Carlo Gracci (SdT B-7) publicó unas reflexiones sobre ese tema en el último número de *Aperture*, la hoja de información de los traductores italianos, y el *Diccionario de dificultades del inglés* de Torrents del Prats le dedica un artículo bastante detallado en el que propone algunas soluciones (párr. 5).

Parece convincente; sin embargo, el *Manual de estilo y normas editoriales* (2009) del Colegio de Sonora, México, lo es más:

y/o. La expresión *y/o* es una fórmula inventada por los estadounidenses para economizar palabras; indica la posibilidad de que suceda la situación A o la situación B, pero sin escribir sendas oraciones. En español dicha expresión es innecesaria, y su uso se presta a confusiones. Si en la lista de requisitos para un empleo se solicita *persona que sepa hablar francés y/o inglés*, puede entenderse que hable uno de los dos idiomas, en cuyo caso bastaría con decir: *se solicita que el candidato hable francés o inglés*. En cambio, si se requiere a alguien que maneje los dos idiomas, el anuncio podría decir: *se solicita que el candidato hable inglés y francés* (Quiroz Trujillo, 2009, p. 51).

¿Inventada por los estadounidenses? Entonces, funcionará en Estados Unidos (a lo sumo, en países de habla inglesa), y quién sabe por qué; será lógico y natural en inglés, pero en español no funciona y no hace falta. Ya está todo claro. Era de sentido común.

Bibliografía

Punto y Coma (1991). “Y/o”. N° 4 (dic.). Disponible en <http://ec.europa.eu/translation/bulletins/puntoycoma/04/pyc041.htm#y/o>.
Quiroz Trujillo, Alma Celina (2009). *Manual de estilo y normas editoriales*. Hermosillo, México: El Colegio de Sonora.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XII / 30 de junio del 2014



Isabel Matos, seg. a la der., autora del rito Congorocho; la acompañan tres Guerreras: Adrianka Arvelo, der., y, a la izq., Marcela Larrea y Aurelena Ruiz en el club extramuros en el 5º Festival de Lectura Chacao



Al final no fuimos a la final

Sara Cecilia Pacheco

Cuando la lengua no te es extraña, cuando te maravilla, te inquieta..., te encuentras inconscientemente analizando cada cartelito, valla o publicación. Eres un observador (algunas veces un inquisidor) de cada palabra que se te atraviesa, de cada grupo de palabras, ves la forma, ves el fondo... Y (clic) le tomas una foto para comentar o reírte con otros de tu especie.

Lo mismo nos pasa con las conversaciones. Por más bien educado que hayas sido en casa, te sorprendes escuchando conversaciones ajenas. Sin intervenir, claro está. Es así como uno se queda con cada perla. Como en mi caso con la archirrepetida expresión *a la final* para decir la conclusión de lo dicho, una especie de *en fin* que está muy de moda.

En todas partes escucho ese *a la final*: "A la final no viniste..."; "A la final me salí de la cola..."; "Ni pudimos comprar a la final..."; sin haber notado quizá que la expresión es *al final*. Si la analizamos, se trata de la preposición *a* y el artículo *el* en su forma contraída *al*, junto al sustantivo *final* que según la RAE, es "m. Término y remate de algo". En esta acepción, la palabra *final* es masculina y no femenina. En el *Diccionario de uso del español* de María Moliner aparece la expresión *al final*: "Como conclusión de todo lo hablado, ocurrido, etc. Implica frecuentemente que la conclusión de que se trata es absurda o inadmisibile: ¡No... si al final resultará que quien tenía razón era él...!".

Sara Pacheco, izq., colaboradora de *Ritos de Ilación*, en el picnic en el que se gestó la idea de esta... ¿revista?; a su lado, Gabriela González



No faltará quien diga que *la final* existe y por tanto se puede decir *a la final*. Sí, claro, se puede decir, pero no tendrá el significado que quieres porque *la final* es, según la RAE: "3. f. Última y decisiva competición en un campeonato o concurso". La final es la que se jugará este domingo 13 de julio en el Maracanã, una final a la que, al final, esta vez tampoco vamos.

Bibliografía

Moliner, M. (2000). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.

Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.

sarace.pacheco@gmail.com

Año II / Nº XIII / 7 de julio del 2014



El verbo de la verdad

Edgardo Malaver Lárez

En el blog del escritor Armando José Sequera, *Caravasar*, hay un comentario del 21 de septiembre del 2007 que se titula "Nos falta un verbo". Se pregunta Sequera por qué si tenemos un verbo para decir mentiras, *mentir*, no tenemos uno para decir la verdad. Teme que esto pueda deberse a que en la lengua española no acostumbramos decir la verdad o que estemos más inclinados hacia la mentira.

Toda una particularidad de la lengua, pero no lo es solo de la española. En francés existe el verbo *mentir*, pero no existe su antónimo como lexema, es decir, como una sola palabra: se utiliza una locución: *dire la vérité*. En portugués y en italiano pasa igual. En inglés y en alemán, que pertenecen a otra familia de lenguas, pasa lo mismo. En otras palabras, la razón probablemente no esté supeditada a las particularidades de cada lengua (o a la lengua de la que pueda haber derivado la de cada quien) sino, parece, a algo que está fuera de ellas... si es que tal cosa existe.

En la Roma clásica, la diosa Veritas (Verdad), que era representada desnuda y saliendo de un profundo pozo, era hija de Saturno, dios del tiempo, y madre de Virtus, diosa del valor. La veracidad era, en aquellos tiempos, una virtud que debía distinguir al auténtico romano como ser civilizado. Probablemente esa concepción de los hablantes del latín

haya influido en que todos esos idiomas que descienden de él lo vean también de esa forma en la actualidad, al menos de forma similar, aun sin darse cuenta. Como sabemos, hasta el inglés y el alemán, a pesar de tener otros orígenes, recibieron influencia, muchísima, del latín.

No será esta, quizá, la verdad última en este asunto, pero es sencillo pensar que cuando nos comunicamos con los demás, esperamos que nos digan la verdad. A nadie se le ocurre preguntarle nada a nadie con la esperanza, la ilusión o el deseo de que le respondan otra cosa que la verdad. De esa manera, en la conciencia más profunda de cada uno de nosotros no existe razón para poner a ese acto ningún nombre que no sea el mismo del que estamos realizando: hablar, decir, conversar, responder, comunicarse, dialogar. *Decir la verdad*, en el fondo, es, visto así, simplemente *decir*.

Es lo que en lingüística se llama un *término no marcado*. Son las acciones aledañas, diferentes, contrarias, las que necesitan otra denominación. Usted habla de las jirafas en general utilizando ese nombre. Solo cuando necesita hacer alguna distinción busca otra manera de nombrarlas: jirafa macho, jirafa bebé, jirafa blanca. Lo que tiene que tener un nombre diferente a lo genérico es lo que es diferente. Decir la verdad es lo "genérico", mentir es lo peculiar.

También es significativo que se diga, por un lado, *decir LA verdad* (con artículo definido en singular, lo cual implica que estamos pensando en una sola) y que, por el otro lado, se diga *decir mentiras* (sin artículo, pero en plural, lo cual implica que la mentira es diversa y difusa, incalculable por el que espera otra cosa).

Leonardo Laverde cuyo cumpleaños se celebró ese mes de febrero de 2013 en que nacieron los ritos, también ha contribuido con el blog



Es cierto que existe el verbo *verificar*, que proviene de *veritas* (verdad) y pareciera ser antónimo de *mentir*. Sin embargo, la existencia de este verbo significa que, en algunas circunstancias, cuando existe una duda respecto a un hecho, vamos a ver si es verdad. No es lo mismo que decir la verdad.

Por tanto, y después de todo esto, la razón más primordial de que no exista un verbo sino una locución verbal para hablar con veracidad debe ser el sentido común. En la mente de los hablantes es así por lógica, por intuición, por sensibilidad y vinculación interior con el fondo del asunto... con la verdad.

Quizá no sea, entonces, que nos falta un verbo sino hacernos sujetos de él... aunque no exista.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XIV / 14 de julio del 2014



¿Todos los mitos son falsos, o eso es un falso mito?

Leonardo Laverde

—*Los escritores son seres solitarios e introvertidos...*

—*Eso es un falso mito.*

—*¿Y eso no es una redundancia?*

Se suele decir que la expresión "falso mito" es incorrecta porque es redundante, pues se supone que los mitos son falsos por definición. Así, al emplear el adjetivo estaríamos repitiendo información innecesariamente.

¿Es siempre correcta esta apreciación? Según el DRAE, en su edición de 2001, la palabra *mito* tiene cuatro acepciones:

- 1. m.** Narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico.
- 2. m.** Historia ficticia o personaje literario o artístico que encarna algún aspecto universal de la condición humana. *El mito de don Juan.*
- 3. m.** Persona o cosa rodeada de extraordinaria admiración y estima.
- 4. m.** Persona o cosa a la que se atribuyen cualidades o excelencias que no tiene. *Su fortuna económica es un mito.*

En las acepciones 1 y 2, la idea de falsedad, o mejor dicho, de ficción, sí está implicada (para decirlo en términos

lingüísticos, es uno de los semas que componen los sememas), pero no agota su significado. De hecho, observemos que en la acepción 1 no se emplea el adjetivo *falsa*, ni siquiera *ficticia*, sino *maravillosa*. Lo que se narra en un mito cosmogónico no ocurrió en realidad, pero eso no es relevante, pues el mito se sitúa “fuera del tiempo histórico”.

En la acepción 3, la idea de falsedad no está presente en absoluto. Cuando alguien afirma que “Simón Díaz es un mito de la música venezolana”, no quiere decir que el entrañable Tío Simón no haya existido; por el contrario, resalta el lugar privilegiado que ocupa su música en la cultura venezolana.

La acepción 4 es la única que tiene la idea de falsedad como componente principal. Y aun en este caso, *mito* no es sinónimo absoluto de *mentira*, pues implica un rasgo adicional: se trata de una creencia ampliamente aceptada.

En el discurso, lo que determina la acepción o connotación que debe activarse en las palabras polisémicas es el contexto. Si oponemos la palabra *mito* a otra que incluya la idea de veracidad, el contraste hará que resalte su carácter ficticio (como en la frase “¿mito o realidad?”). Si un ateo afirma que “el Evangelio es un mito”, probablemente intenta descalificar el relato bíblico, pues existe la opinión generalizada de que dichos libros tienen una base real. En cambio, un antropólogo que dicta una conferencia sobre “el mito bíblico de la creación” propone cierto tipo de acercamiento neutro a dicha narración, no cuestionar su historicidad. Por último, un sintagma como “Di Stéfano, mito del fútbol mundial”, solo tiene connotaciones positivas (a menos que el hablante se proponga cuestionar la existencia o el talento de dicho jugador).

Calificar al sustantivo *mito* con el adjetivo *falso* será redundante o no según la situación discursiva. Por ejemplo, si yo presento una narración original como un mito antiguo, o bien exagero las cualidades de algún personaje real, podré ser acusado de estar forjando un “mito falso” sin incurrir en redundancia. En cambio, si utilizo la palabra *mito* con el significado de “falsa creencia ampliamente difundida”, añadirle el adjetivo *falso* sí será redundante. ¿Es, pues, una incorrección?

En español, no es inusual que los adjetivos explicativos (también llamados epítetos), sean redundantes y meramente enfáticos, sobre todo cuando se anteponen al sustantivo. El pleonismo puede ser un vicio que atenta contra la economía del lenguaje, pero también, cuando se usa conscientemente, un recurso estilístico para añadir expresividad. ¿Cuántas veces no hemos oído hablar del “inmenso mar” y el “brillante

sol”? Con todo, hay algunos pleonismos, como el famoso “funcionario público”, en los que el argumento estilístico es difícil de sostener.

A veces la redundancia puede ayudar a reducir el riesgo de ambigüedad. Por ejemplo, en el sintagma “falsos mitos de la literatura venezolana”, podríamos argumentar que el uso del adjetivo aclara que nos referimos a creencias falsas y no a grandes escritores. Sin embargo, también existe una solución menos conflictiva (“mitos sobre la literatura venezolana”) que nos evita el riesgo de parecer ignorantes.

¿Cuál es mi conclusión? No use la expresión “falsos mitos”. Evítese problemas. Sin embargo, si por desgracia se le escapa alguna vez, no se preocupe demasiado. Siempre puede exclamar, como el Chapulín Colorado: “¡Lo hice intencionalmente!”.

llaverde2@gmail.com

Año II / Nº XV / 21 de julio del 2014



Desfazedor de tuertos

Edgardo Malaver Lárez

A un mismo tiempo, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* es un libro feliz y desafortunado. Es tan feliz que, 410 años después de su edición príncipe, sigue celebrándose, como si fuera el natalicio de una persona importante, su primera salida de la imprenta. En todo este tiempo, ¿qué no ha hecho *Don Quijote* en el mundo, qué monstruo no ha derrumbado, en qué pendencia no se ha involucrado, qué injusticia no ha combatido? El 3 de febrero de este año se cumplieron 400 años de la segunda parte, que es también como su segunda salida, la que Cervantes hizo para poner los puntos sobre las íes con respecto a su autoría.

Y es un libro desafortunado porque a pesar de su fama de joya de la literatura del mundo entero, muy poca gente lo lee. Y muchos que hablan de él simplemente repiten, con pocas modificaciones, lo que han oído decir a otros. Se suman con esta actitud a la procesión de cegatos que se oponen, con ínfulas modernas y postmodernas, a curiosear en un tesoro que los sacaría a la luz que rebosa el espíritu humano.

Desafortunada es también la frase más citada de la obra, la cual ni siquiera se cita tal como aparece en la novela. Cuando alguien que no ha leído *Don Quijote* quiere presumir

de haberlo hecho, hablará de él diciendo, por ejemplo, que el afamado hidalgo iba por ahí “deshaciendo entuertos”. ¿Qué significa esto?

En realidad no significa nada porque no tiene sentido. Lo que dice en la obra, en primer lugar, no es *entuertos*, sino *tuertos*. Y no dice *deshacer*, sino, como se decía en el siglo XVII, *desfacer*, o incluso *desfazer*. También dice en algunos puntos *enderezar tuertos*, que sería mucho más lógico, pero esto no llega nunca a oídos tan desinteresados en lo que están diciendo.

La primera vez que aparece esta expresión en *Don Quijote* es en el soneto que le dedica Solisdán a nuestro protagonista, en esa doblemente ficticia parte del libro, que algunas ediciones llaman “Versos preliminares”, en que personajes de otras obras de caballería se dirigen al justiciero Alonso Quijano y otros personajes, les hacen alabanzas y dialogan con ellos. Solisdán, el héroe de *Espejo de príncipes y caballeros* (1555), le ha escrito a don Quijote: “Serán vuestras fazañas jocosas, / pues tuertos desfaciendo habéis andado” (Cervantes, 2005, 24). Francisco Rico explica en una de sus notas a la edición cuatricentenaria: “La palabra *entuerto*, que se ha hecho popular [...], no aparece nunca en la obra” (2005, 24). Agrega Rico que en la época de Cervantes *entuerto* significaba ‘retorcijones del embarazo’.

He ahí la clave. Fíjese usted: la raíz de *tuerto* (*tuert-* o *tort-*), es, aunque no lo parezca por los rasgos latinos que conserva, la misma de *torcer* y todos sus derivados, con lo cual podemos deducir ya que *tuerto* ha de significar ‘torcido’. Podríamos entenderlo como un participio irregular de *torcer* (lo que pasa con *romper* y *roto*, *elegir* y *electo*, *freír* y *frito*).

Usted habrá sentido alguna vez un *retorcijón* (o aun *retortijón*), es decir, habrá sentido que se le tuercen las tripas. También habrá tenido *tortícolis*, *tort-colis*, el cuello torcido. Y se habrá visto en alguna situación que es para usted una *tortura* o habrá conocido a alguien que tiene un pasado *tortuoso*. Todas esas palabras tienen esa raíz. Hasta la sencilla y cotidiana palabra *torta*, según algunos autores, guarda su parentesco con esas torceduras, si pensamos que la masa con que se hace es resultado de una buena sesión de revolvimientos y batidas.

Teniendo en mente todo este paradigma, tiene sentido el uso del verbo *enderezar* en la expresión que utiliza Cervantes: *desfacer tuertos* es, entonces, para don Quijote, *enderezar* lo que está torcido: las injusticias, los agravios, la inhumanidad.

La siguiente vez que el narrador acude a la expresión es en el segundo capítulo cuando dice: “no quiso aguardar más

tiempo a poner en efecto su pensamiento, aprentándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba desfacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar y abusos que mejorar y deudas que satisfacer” (Cervantes, 2005, 34). Semejante actitud luce, cuando menos, desproporcionada... es un tuerto en sí misma.

La usa, por lo menos, otras nueve veces en toda la obra, pero nunca utiliza *entuerto*.

Póngase a pensar: ¿qué cita recuerda usted de *Don Quijote*? ¿Lo cita bien? ¿Está seguro de lo que está diciendo? ¿De veras viene de la obra de Cervantes? Si su respuesta es que no o que no está seguro, quizá tenga usted un tuerto que enderezar en su relación con los libros.

Bibliografía

Cervantes, M. (2005). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia de la Lengua.

Rico, F. (2005). “Notas [a Don Quijote]”. En Cervantes, M. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia de la Lengua.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XVI / 4 de agosto del 2014



Et cetera

Edgardo Malaver Lárez

Hace quizá más de un año comencé a oír decir, y fue en clase, que la palabra *etcétera* ya no se usaba; peor: que no debía usarse; y peor aún: que era un error. Y mucho peor: que no debía usarse porque la Real Academia de la Lengua había dicho que ya no se usaba y que no debía usarse porque era un error. Lógicamente, mi reacción inmediatamente fue detener la clase para preguntarle al estudiante que hacía semejantes afirmaciones: “¿Dónde leyó usted eso?”. La respuesta aquel día fue: “Lo oí decir”. Al día siguiente la respuesta fue: “La profesora de Castellano lo dijo en la clase del jueves”. Dos días después fue: “No sé, simplemente no se usa”. Considerando que la obligación de todo estudiante es cuestionar siempre lo que el profesor dice en clase, me sentí triste.

Como una semana después comencé a observar que los periodistas de los noticieros de televisión evitaban el uso de *etcétera* en los momentos en que era más natural usarlo y

que, como consecuencia, les salían unas oraciones... fatales. Repentinamente, sin que nadie supiera cómo ni desde cuándo ni por qué, *etcétera* estaba obsoleto y, ergo, proscrito. Todos, de repente, comenzaron a sustituir esta palabra que nos acompañaba desde los tiempos de Adriano por *entre otros*, como si esta tuviera algo que ver con aquella. Lo indeseable, sin embargo, no era lo obsoleto, sino la vaciedad de los argumentos.

Etcétera no puede ser un error. Y la Academia no puede prohibirla. ¿Qué significa *etcétera*? En primer lugar, son dos palabras que con el tiempo se han unido en una sola: *et* y *cetera*. Como muchos saben, *et* es, en latín, la conjunción equivalente a nuestra *y*. (En francés, a pesar de los siglos que han pasado, aún se escribe así.) La palabra *cetera* es el plural de *ceterus*, que puede traducirse como 'lo demás', 'el resto', 'lo que falta', siempre de la misma clase. Se usa para no tener que mencionar todos los elementos de un conjunto cuando esto no es necesario para la comprensión.

No logro comprender por qué, pero los que de repente comenzaron a decir que *etcétera* era un error creen que puede y debe sustituirse por *entre otros*, expresión que significa, ni más ni menos, 'entre otros', no 'lo demás'. Eso no tiene sentido. El sentido de *etcétera* no es que los elementos nombrados se encuentran entremezclados con 'otros' elementos, aunque lo están o pueden estarlo. Ese es el sentido de *entre otros*. El de *etcétera*, que ya ha sido explicado, es que no nos hace falta mencionar eso que incluimos en el *etcétera*.

Hay dos formas de reconocer la necesidad de un *etcétera* de la de un *entre otros*, que tiene diferentes usos. Fíjese en estas dos oraciones:

Se ha registrado una amplia expansión de Internet en los países de América del Sur: Chile, Argentina, Colombia, etc.

Se ha registrado una amplia expansión de Internet en los países de América del Sur: Chile, Argentina, Colombia, entre otros

No puede usted decir que en la primera dice lo mismo que en la segunda. Este *entre otros* no es buen sustituto para aquel *etc.*, y las dos oraciones no son sustituibles una por otra. La primera tiene sentido y la otra no. En la primera, el emisor del mensaje comienza a enumerar los países sudamericanos y se da cuenta de que sería demasiado largo mencionarlos todos, de modo que lo resume diciendo 'pensarlo'. Chile, Argentina, Colombia... y los demás de ese grupo, el especificado, y

no voy a mencionarlos todos porque mi interlocutor no lo necesita. Es un grupo tan preciso, que ni siquiera hace falta que mencione ninguno. Haga la prueba: quite los nombres de los países y observe si la oración anterior a los dos puntos es suficiente.

(Este artículo continuará la próxima semana.)

emalaver@gmail.com

Año II / N° XVII / 11 de agosto del 2014



La lengua es una vaina seria

Laura Jaramillo

No todas las personas hablamos y nos expresamos de la misma forma; nuestra manera de comunicarnos indica de dónde venimos, lo que nos gusta y, sobre todo, nuestro nivel cultural, lo cual hace que tengamos tanta imaginación y creatividad para usar nuestra lengua. Por eso, los venezolanos nos caracterizamos por ser tan expresivos al hablar y por incorporar nuevas palabras a nuestro léxico diario.

Gran parte de nuestro vocabulario, además de ser un complejo mundo lingüístico en constante variación, está lleno de metáforas y expresiones, lo cual nos regala una identidad. Pensemos por un momento si no tuviéramos una palabra adecuada, por ejemplo, al momento de pisarnos un dedo con el martillo o con la puerta del carro (*coño*), o al

Autor, autor, autor...
obviamente Edgardo Malaver y su pasión por *Ritos de Ilación*



momento de nombrar algo de lo cual no nos acordamos (*vaina*). A pesar de que el significado base sea distinto, nosotros los hablantes nos encargamos de darles nuevos significados.

Para los venezolanos, y para muchos hispanohablantes, como colombianos, cubanos, puertorriqueños, etc., *vaina* es algo indefinido, quiere decir todo y no quiere decir nada, define sus pensamientos y sus palabras. Un momento agradable o desagradable es una *vaina*.

Aunque *vaina* puede tener los siguientes sinónimos: funda, envoltura, recubrimiento, cubierta o cáscara, en el argot popular, *vaina* tiene otras connotaciones: cosa poco conocida (*¿qué vaina es esa?*); contrariedad o molestia (*¿qué vaina tan seria?*); molestar a alguien, decir tonterías (*echar vaina*); tener precaución (*¡ni de vainas!*). También la usamos para calificar una cosa cuando es mala o buena: *Ayer fui a ver una película; ¡qué vaina tan mala!, no te la recomiendo; la mala suerte, la vida y el matrimonio ¡son una vaina seria!* Todas registradas por el DRAE, y en sus últimas acepciones.

Para algunos son expresiones consideradas vulgares, porque se piensa que son usadas por hablantes de bajo registro léxico, lo cual no es cierto, puesto que todo tiene un lugar y espacio, y hasta el más estudiado puede perfectamente expresarlas; no es lo mismo que un padre le diga a su hijo cuando ve las notas raspadas: “¿Qué es esto, si lo único que haces es estudiar?”, que decir: “¿Qué vaina es esta, si lo único que haces es estudiar?!”.

A los venezolanos nos gusta estar inventando expresiones que sacamos de las experiencias que vivimos a diario, porque son esas vivencias las que nos hacen ser tan ingeniosos con nuestra lengua, porque la lengua también es una vaina seria.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XVIII / 18 de agosto del 2014



Et cetera (II)

Edgardo Malaver Lárez

En la segunda oración, no tiene sentido decir “entre otros”, porque el conjunto de países sudamericanos es finito y existen países que sencillamente no son sudamericanos, de modo que decir “entre otros” implicaría “contaminar” el

conjunto, es decir, “otros países” no es lo mismo que “países sudamericanos”. *Entre otros* es, pues, señal de imprecisión y no concuerda con este caso.

La primera forma de hacer esta distinción es, entonces, observar si *entre otros* puede referirse, como *etcétera*, a elementos de un conjunto cerrado sin alterar su contenido. Parece que no es posible.

La segunda forma puede estar más vinculada a los conjuntos abiertos de cosas y la variabilidad de la posición de las partes de la oración. Observemos: usted puede decir: “Tenemos, *entre otras*, zanahorias, papas y remolachas”; pero nadie diría: “Tenemos, *etcétera*, zanahorias, papas y remolachas”. La conclusión aquí es que siempre que usted pueda mover una de las dos expresiones al lugar de la otra y funcione adecuadamente sin hacer más cambios, son sustituibles.

Además, cuando usted dice: “Vendemos cámaras fotográficas, resmas de papel, bolígrafos, entre otros”, uno puede preguntarse: ¿Entre otros qué?, ¿qué sustantivo hace concordancia con ese *otros*? No pasa esto con *etcétera* porque ‘el resto’, ‘lo demás’, lo que no nombramos pero que usted sabe lo que decimos’ está siempre claro: es lo demás.

El esfuerzo por erradicar el uso de *etcétera* es tan terco y radical, que se llegan a decir cosas como esta: “*OTROS* parques, como Los Caobos, Los Próceres, El Ávila, *entre OTROS*, no albergan animales en cautiverio”.

Sin embargo, sí hay casos en que ciertamente las dos expresiones pueden ser equivalentes (o sinónimas), solo que

Laura Jaramillo, der., es la más colaboradora en el blog con sus ritos sobre la metáfora en el discurso del fútbol y su pasión por el registro popular del español de Venezuela y el de Colombia



no son simplemente sustituibles una por otra, a menos que se hagan cambios en la oración. Veamos:

Hemos atendido muchísimas enfermedades, como la rubeola, el dengue, la leishmaniasis, etc.

Hemos atendido muchísimas enfermedades, como la rubeola, el dengue y la leishmaniasis, entre otras.

Está claro, ¿verdad? En el primer caso, la enumeración no cierra por las razones que ya se han expuesto, pero el segundo exige que cerremos la enumeración (introducir la conjunción *y*) y ofrece, además, la posibilidad de cambiar el sintagma 'entre otras' de lugar. A pesar de todo, hay que dejar sentado que, en realidad, ese 'entre otras' redundante con 'como' Eso no pasa en la primera oración.

El uso de la palabra *etcétera* no tiene, entonces, nada de problemático, equivocado, indebido u obsoleto. Es una palabra que ha subsistido hasta hoy porque cumple una función para la cual la lengua sigue requiriéndola. Las palabras solo dejan de usarse cuando los hablantes se dan cuenta de que ya no les sirven. Pero esta es harta útil, y el sustituto que le han buscado los que se creen fiscales de la lengua —no, por supuesto que no me refiero a la Academia— sencillamente no encaja.

Qué triste y qué desabrido sería, si la palabra *etcétera* no conservara de hecho su significado y sus valores peculiares, el título de aquel libro de Susan Sontag: *Yo, etcétera* (1978), en el que el sujeto parece ponerse de primero y luego a los demás. *Yo, entre otros* sería no solo una mala traducción: sería la actitud contraria.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XIX / 25 de agosto del 2014



Fufurufa

Laura Jaramillo

Me confieso amante del léxico popular, porque es un fiel reflejo de lo que pensamos, de lo que vivimos y de cómo vemos la vida. Lo coloquial es 'la salsa que se le pone al plato sobre la mesa', como dijo alguna vez el periodista Jesús Cova cuando escribía en el diario *Últimas Noticias*, en la columna *El*

Defensor del Lector, haciendo referencia al lenguaje bélico en el deporte.

En el caso de los venezolanos y colombianos, existe una afinidad tan particular al momento de expresarnos que no es en vano cuando se dice que somos países hermanos. Afinidad que no veo con ningún otro país (perdonen si me equivoco). El léxico de ambos países es tan rico en ingenio, originalidad y expresividad, que es allí donde se conoce realmente la cultura del hablante.

La característica más resaltante de ambos hermanos es la jocosidad del léxico. Ejemplo de ello es la palabra *fufurufa*. Cuando la escuché por primera vez, me sonó como a nombre de perro con *full* pedigrí. Luego, la volví a escuchar y pensé que era una forma diferente de llamar a la trufa, o, quizás, alguna fruta exótica de las tantas que existen en el hermoso Caribe colombiano, porque fue de un colombiano que la escuché.

Un buen día, o, mejor dicho, una buena noche, viendo un programa de humor colombiano (cultivo de la ingeniería léxica) llamado *Sábados Felices*, un comediante, representando al costeño, en su presentación explicó tan claro lo que significa popularmente *fufurufa*, que llegó a mí esa luz que te hace decir: "¡Aaahhh!", y solo recuerdo que reí hasta más no poder. Ahora, como es mi costumbre, forma parte de mi léxico folclórico y costeño.

Sin embargo, me llama la atención que mi vecina, muy barquisimetana ella, me dijo, muchísimo tiempo después de mi descubrimiento semántico, que en esa ciudad del estado Lara también es muy frecuente el uso de esta palabra y con el mismo significado. Curioso punto de encuentro semántico entre los hermanos países.

Bueno, para resolverles la intriga, *fufurufa*, según el DRAE, es una persona "que manifiesta gustos propios de la clase social acomodada o [que] se cree mejor que los demás", pero solo es de uso en El Salvador y en Honduras. Pero en Colombia y en Venezuela significa...

No voy a poner la palabra, solo haré una pequeña modificación al título de una famosa novela del gran escritor Gabriel García Márquez, pa que les caiga la locha y también puedan decir "¡Aaahhh!": *Memorias de mis fufurufas tristes*.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XX / 1° de septiembre del 2014



Estás pidiendo más que Carúpano

Edgardo Malaver Lárez

Ya sabemos que la capital de Venezuela no ha sido siempre Santiago de León de Caracas. Santa Ana de Coro, la actual ciudad de Coro, estado Falcón, fue, desde que Juan Martín de Ampíes la fundó el día de la patrona en 1527 —vaya manera de poner nombre a las ciudades que uno va fundando por ahí—, la primera capital de la Provincia de Venezuela. La segunda fue El Tocuyo, estado Lara, a partir de 1545, cuando la fundó Juan de Carvajal. En 1577, finalmente, Caracas, fundada por Diego de Losada diez años antes, se convirtió en la definitiva capital de la capitanía general primero, luego del departamento de la Gran Colombia y más tarde de la república independiente. Sin embargo, durante la Guerra de Independencia, la capital se mudó provisionalmente varias veces: a Valencia, estado Carabobo, en 1812; a Maracay, estado Aragua, en ese mismo año, en 1830 y en 1858; a Angostura (hoy Ciudad Bolívar), estado Bolívar, desde 1819 hasta 1821.

Todas estas mudanzas han sido ocasionadas por conflictos políticos. Lo que pasa en el estado Sucre es diferente. La tradición oral indica que en Sucre, a partir de algún momento —habrá que seguir investigando el fenómeno para saber cuándo—, se dice que los habitantes de Carúpano aspiran a que su ciudad se convierta en la capital del estado. Se dice en estados vecinos también, y probablemente se deba al rápido crecimiento que experimentó Carúpano en varios momentos de su historia, por su ubicación más accesible desde el mar, por sus bellezas naturales y culturales o por una suma de estos y otros factores. Lo cierto es que donde más se resiente esta aspiración es, naturalmente, en la ciudad de Cumaná, la capital del estado. Llamada, con razón o sin ella, la primogénita del continente americano, Cumaná fue fundada en 1521, aunque existen registros de la presencia de franciscanos en el lugar desde al menos 1515. Los cumaneses tienen multitud de argumentos, históricos, culturales, políticos, etc., para defender su capitalidad, pero los carupaneros no les van a la zaga. La “disputa”, que quizá pertenezca más a la historia anecdótica de los pueblos que a la realidad histórica documentada, es harto conocida en los estados vecinos de Sucre.

Así, cuando en la zona nordoriental de Venezuela, y quizá más allá, alguien se pone exigente o hace una petición excesiva o pretende lograr, sin tener méritos aparentes para ello, algo que va más allá de lo razonable, se le responde,

como probablemente se hacía en Cumaná en los primeros días del supuesto reclamo carupanero: “Estás pidiendo más que Carúpano”.

Parece que la expresión ha sido adoptada en otros estados y adaptada a sus propias diferencias geopolíticas. Hay que investigar más, pero aparecen voces en Internet que afirman que también en Maracaibo utilizan la expresión con respecto a Cabimas. En Nueva Esparta podrían utilizarla los de La Asunción con respecto a Porlamar —no lo he oído nunca— y quizá en Anzoátegui los de Barcelona con respecto a Puerto La Cruz. Sea o no así, queda claro que la *sabiduría popular* se mantiene, a diferencia de la capital de Venezuela, sin mudanza en la mente de muchos venezolanos ni en el territorio en que se use, puesto que *pedir más que Carúpano* conserva su sabor primigenio, como el de Cumaná, suficiente para expresar una realidad concreta, dígase donde se diga.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XXI / 8 de septiembre del 2014



Naguará de hipótesis

Edgardo Malaver Lárez

Leyendo, como a los 13 años, *El hombre que calculaba* (1938), de Malba Tahan, conocí la palabra *guarismo*, que me sonó desde el principio tan informal, tan misteriosamente llana y cotidiana, que no lograba incluirla en el conjunto de lo numérico. Un *guarismo* es una cifra, un número, y Beremís Samir, el protagonista, los utilizaba como si él hubiera inventado la matemática. La palabra proviene del árabe, lengua en que esta ciencia ha experimentado innumerables e inmensos avances durante toda la historia, es decir, ninguna palabra más justa para Beremís, que habla poco en la novela, pero cuando habla los sabios callan para escuchar.

Solo ahora se me ocurre utilizar la palabra *guarismo* para nombrar toda manifestación lingüística propia de los nativos y habitantes del estado Lara, a quienes en toda Venezuela llaman *guaros*. Existen *guarismos* muy expresivos que todos hemos oído: *ah, mundo* —“¡Ah, mundo, Barquisimeto!, / dijo un barquisimetano...”—, *vacié* —¿o *bacié*?—... y *naguará*.

¿Naguará? ¿No hay algo extraño, curioso, intrigante, en esa palabra?

Tengo la hipótesis —en este artículo de hoy casi todo es hipótesis— de que en aquellos días de los que hablo esta expresión no estaba tan extendida como ahora por toda Venezuela. Entonces era una forma de reconocer a los larenses; ahora lo utilizan hasta los inmigrantes chinos. Y en esa diseminación por todo el territorio, ha ido perdiendo sonidos. Todavía oye uno de vez en cuando: “Una guará”, que es, en mi hipótesis, la forma de la expresión, el estadio de su evolución que, por alguna razón, comenzó a repetir en algún momento toda Venezuela; pero esa *u* se perdió —o se ha ido perdiendo— tal como, en contexto informal y oral, se pierden sílabas iniciales en expresiones como *natanseria* en lugar de *qué vaina tan seria*, o *Ña Juana* en lugar de *doña Juana*.

Mi hipótesis más osada, sin embargo, es que antes de derivar en *una guará*, la conocida expresión debe haber sido *una guarada*, es decir, algo típico, característico, propio de los guaros, de los larenses. (Sucede, curiosamente, que es ahora al final de la palabra donde se produce la frecuente elisión de una sílaba.) Es el mismo tipo de construcción que aparece cuando, bromeando con los amigos, decimos, *verbi gratia*, que este o aquel acto, esta o aquella conducta es una *marcelada*, es decir, un acto o conducta propia de Marcela. Hasta hay quien, en este contexto, diría que todo aquello que hace Pedro es una *pedrada*. Quien dice entonces: “Naguará de hipótesis”, por ejemplo (aunque esta formulación no parece muy larense), además de expresar sorpresa, está diciendo, más o menos: ‘Esa hipótesis es una guarada, es como si fuera la hipótesis de un guaro’.

Edgardo Malaver, el que más hila en la rueca de los Ritos de Ilación, en otro de sus roles, facilitador del taller *Maelström de Narrativa y Poesía*



Naguará, que ahora dudo de escribir como una sola palabra, es pues un “guarismo”, y como aporte regional al acervo del conjunto de la lengua, enriquece, en número y en belleza, la que se habla en Venezuela. Su uso cotidiano y la reflexión consciente sobre su significación es para los venezolanos una ocasión más para saborear, como saboreaba Beremís Samir la delicia de los números y sus relaciones, la dulzura de las palabras en las que nos movemos y existimos.

emalaver@gmail.com

Año II / Nº XXII / 15 de septiembre del 2014



¡Oh, Andrés Bello, qué han hecho con tu idioma!

Laura Jaramillo

Cuando por primer vez (como dicen los mexicanos) escuché sobre la economía del lenguaje, pensé en lo maravilloso que era hablar el español con poca plata. Pero, no, no era eso. Resulta que la lengua tiene reglas, normas o mecanismos que permiten decir mucho con pocas palabras. Aunque, más que la lengua, es el usuario de la lengua el que debe tener dicho talento.

El decir mucho con pocas palabras no es tarea fácil, o, mejor dicho, es misión imposible (*ilando ando*), ya que el español es en ocasiones bastante *anchilargo*, porque a veces es necesario alargar la cosa para que el mensaje llegue a su llegadero, pero se corre el riesgo de caer en la redundancia. Hay que aprovechar las facilidades que da la lengua para comunicarnos y hacernos entender. Sin embargo, desde hace algunos años, se está usando lo que llaman el lenguaje incluyente, lo cual se ha hecho común, más bien, exageradamente común, decir cosas como *todos y todas*, *trabajadores y trabajadoras*, *niñas y niños*, etc. Se llega, incluso, hasta cometer errores de concordancia, como por ejemplo *los y las delegadas*. Si se va a hablar mal, que sea con coherencia.

Existe una necesidad (¿o necedad?) por incluir a como dé lugar el femenino, aunque no exista, no importa, lo inventan, como es el caso de *millones y millonas*, *libros y libras*. Expresiones que ocasionan contaminación sónica. Menos mal que hasta los momentos, se puede decir, esas expresiones no llegan propiamente a lo que es el vulgo, porque no hay nada mejor que ahorrar.

El lenguaje incluyente puede ser económico. No es necesario decir *venezolanos* y *venezolanas*, puede decirse perfectamente *la población venezolana*, lo cual incluye hombres, mujeres, niños y niñas. He ahí, pues, el exquisito arte de la retórica.

Definitivamente, ante esta realidad, con poco sentido común y mucho barbarismo, cada vez es más fuerte esa popular expresión de un antiguo programa cómico, que reza: ¡Oh, Andrés Bello, qué han hecho con tu idioma!

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XXIII / 22 de septiembre del 2014



Comí y a su vez bebí

Edgardo Malaver Lárez

Se nota la falta de concordancia, ¿verdad? *Comí y bebí* exhiben notoriamente su primera persona y su singular, mientras *a su vez*, aunque lo disimule, está en tercera y disimula muy mal su ambigüedad en cuanto a su soledad o su compañía.

El problema, sin embargo, no es la persona ni el número, aunque puede serlo. El problema, si verdaderamente lo es, es más profundo: es semántico. Tal como pasa en el caso de *entre otros*, en muchas ocasiones, muchísimas, oímos en todas partes afirmaciones en las que *a su vez* no significa lo que el emisor del mensaje intenta decir. Se oye, por ejemplo, “Los antisociales penetraron en el banco a punta de pistola, y *a su vez* asesinaron al vigilante”; “Yo siempre compro el Kino, pero *a su vez* ahorro”; “Aquí nadie nos conoce a nosotros, que *a su vez* somos pocos”. ¿No le suena a usted que en estos ejemplos cabría más bien *también* o quizá *además*? Muchos piensan que *a su vez* significa *también*, o que las dos expresiones son equivalentes. Y seguramente en algún caso, en algún contexto de los infinitos contextos posibles, pueden ser equivalentes, pero no significan lo mismo.

A su vez tiene sentido cuando se intenta mostrar, con mayor claridad de la que ya muestra el verbo, una acción que se repite pero que cada vez es ejecutada por un sujeto diferente. Si recibo un mensaje y le transmito a alguien más la información que él contenía, y este alguien hace lo mismo con alguien más, estoy ante ese tipo de acciones y la expresión de esta situación en una oración probablemente incluirá un *a su*

vez, quién sabe si más de uno, aunque no es imprescindible. Por ejemplo: “Zambrano entregó los documentos al abogado, quien los entregó al fiscal, y este, *a su vez*, al juez”. La expresión *a su vez* en este ejemplo (y no en los que aparece en el párrafo anterior) indica que cuando le tocó al fiscal hacer algo, cuando le llegó su vez, su momento, su turno de actuar, hizo lo mismo que el sujeto anterior, el abogado.

Bien puede decirse que el abogado y el fiscal *también* entregaron los documentos. Sí, pero ¿es eso lo que se desea decir? En realidad se desea destacar el hecho de que cada uno de ellos hizo la misma acción en momentos distintos (y sucesivos) y sobre un agente cada vez nuevo. El que en la primera oración era objeto indirecto del verbo, en la segunda se convierte en sujeto y al iniciar la tercera, a su vez, sucede en ella lo mismo.

Por otro lado, el problema también es morfosintáctico. Es decir, la expresión contiene un adjetivo posesivo, *su*, que, naturalmente, hará concordancia con otros elementos de la oración en que aparezca. Veamos: “María le pagó a Juan, Juan me pagó a mí, y yo, *a mi vez*, le pagué a Pedro”; “Tu hermano te ha perdonado: perdónalo tú *a tu vez*”; “El policía nos gritó; *a nuestra vez*, nosotros le gritamos a él”.

Entonces, si un día se le ocurre comer y al mismo tiempo beber, o comer y además beber, o comer y también beber, o comer y a la vez beber, o simplísimamente comer y beber, sin aditivos, no olvide que las palabras también son alimento y que la buena digestión comienza en la lengua.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XXIV / 29 de septiembre del 2014



Recochar

Laura Jaramillo

Continuando con el lenguaje jocoso y coloquial, quiero presentarles la primera palabra que descubrí del extenso y variado léxico colombiano. Fue esta palabra la que me sembró la curiosidad por descubrir y estudiar cada día la lengua colombiana. La escuché en un programa que se llama *Desafío*, y quien la dijo es de la isla de San Andrés, o sea, que, al parecer, *recochar* es léxico costeño, del Caribe, al igual que *fufurufa*.

Recochar suena como a melcocha, pero no. Suena como a 'cocha pechocha', pero tampoco. Suena como a recharco, muchísimo menos. Es un verbo tan sabroso de expresar, como sus derivados: *recocha*, *recochero*, *recochería*, y pare usted de contar, o, de inventar.

Recochar expresa que algo es muy divertido, puede ser una situación o una persona. Expresa gozo por los estudios, el trabajo, los amigos, la vida. Para mi mamá, *recochera* de primera, es una palabra que suena a fiesta, a baile, a hora loca. Es una expresión equivalente a la venezolana, igual de sabrosa de pronunciar, *joder*, que también tiene sus derivados: *jodedor*, *jodedorcito*, *jodedera*. Palabras más, palabras menos, *recochar* es echar vaina.

El DRAE no la acepta como verbo, sino como adjetivo, es decir, *recocha*, pero (¡qué pero tan maravilloso!) el significado no es al que me refiero, o, mejor dicho, no es al que se refieren los ilustres costeños. Tampoco *joder* tiene en el DRAE el significado que le damos venezolanos y colombianos. Sin embargo, el mismo diccionario registra una entrada parecida, *recochineo*, con un significado más o menos cercano. Confieso que nunca la he escuchado, a pesar de que el diccionario la presenta como léxico coloquial.

En fin, como ya deben conocerme, *recochar* es un verbo que ya forma parte de mi vocabulario tan colorido. A todo el mundo le digo recochero, hasta a un tutor que tuve, muy serio él, lo bauticé como el recochero más recochero del oriente venezolano.

El prolífico "ilador" de los ritos, Edgardo Malaver, participa como animador en el Club de Lectura Luisa Teresa Arenas en Ocumare del Tuy



Así de sabroso es el español, así de expresivo somos, colombianos y venezolanos; es más, deberíamos borrar las fronteras pa' *recochar* más y mejor. Tanto el lenguaje colombiano como el venezolano tienen ese no sé qué tan particular, tan único, tan sabroso (insisto), que nos identifican y nos definen como hablantes de un español cada día más renovado.

No sé si *recochar*, al igual que *fufurufa*, se originaron en el Caribe colombiano, pero, de ser así, ¡qué sabroso es que la inmensidad del mar genere esta inmensa creatividad léxica!

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XXV / 6 de octubre del 2014



La vereda de enfrente

Edgardo Malaver Lárez

Mañana hará exactamente siete semanas que escribí en otro blog un homenaje a Julio Cortázar, que ese día cumplió 100 años de nacido. Algo debe tener cumplir 100 que todos lo desean, y Cortázar, a quien parece que el paso del tiempo no angustiaba, parece haber llegado a un nuevo hito en su carrera hacia la totalidad, es decir, le ha llegado esa época en que, como diría Shakespeare, "in eternal line to time he grow'st". A los 100 años, digo yo, se convierte uno ya en una voz innegable, en un clásico.

En mi caso no han sido cien años, pero una palabra lo puede perseguir a uno por mucho tiempo. Y una que me ha atormentado inmensamente a mí desde los años de estudiante en que no había tarde en que no aterrizara en la biblioteca y no descuidara otras mil cosas por leer a Cortázar es la palabra *vereda*. Mi imaginación nunca fue suficiente para comprender a qué se refería Cortázar al decir, por ejemplo, en "Los amigos" (*Final del juego*, 1956): "A las siete menos cinco vio venir a Romero por la vereda de enfrente; lo reconoció en seguida por el chambergo gris y el saco cruzado"; ni, mucho menos, al decir, en "Hay que ser realmente idiota para" (*La vuelta al día en 80 mundos*, 1967): "Un deseo de cruzar a la vereda de enfrente donde amigos y parientes están reunidos en una misma inteligencia y comprensión", ni todas las veredas, concretas y abstractas, de las que está poblada *Rayuela* (1963).

Una vereda en Venezuela es un camino y, en mi mente, un camino no está ni al frente ni detrás ni al lado de nada. A

lo sumo estará al lado, pero es más bien que la otra cosa, está a un lado del camino, como las flores que para Castellaneta representan a Dulcinea. Pasé mil años preguntándome qué podía ser una “vereda de enfrente”. Tuve que oír una vez a una turista argentina en el metro hablando de algo que le había pasado en el centro de Caracas para entender. Decía: “Yo iba caminando y por la vereda de enfrente vendían una comida que me llamó la atención”. Ah, caramba, me dije, esta mujer se refiere a la acera. Y tuve que volver a Cortázar a buscar las veredas perdidas, a entender que lo que está en la “vereda de enfrente” es lo opuesto, lo que no nos agrada, lo que nos agrede... o quizá, también, otra situación, más favorable, que vemos desde la nuestra, menos seductora, como en el caso de *La vuelta al día*...

En mi mente sin veredas, que transita por las aceras del español de Venezuela, se abrió un camino nuevo que la llevó al español de otro lugar, que afortunadamente a veces se parece y otra vez es el mismo... porque dos formas del mismo idioma son como dos mundos que a veces se alejan, pero otra vez se comportan “como amigos y parientes [que] están reunidos en una misma inteligencia y comprensión”.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XXVI / 13 de octubre del 2014



Yo sandungueo, tú sandungueas, él sandunguea

Isabel Matos

De manera irremediable y con una velocidad impresionante entran en las conversaciones del día a día términos tomados de esas canciones pegajosas que oímos en la radio del autobús camino a casa. Daddy Yankee y Don Omar, Héctor (el Father) y Tito (el Bambino) hacen su gran “contribución” a la lengua española, al habla de Caracas con sus canciones. Yo sandungueo, tú sandungueas, él y ella sandunguean juntos y al final todos sandungueamos.

Wikipedia nos dice que el sandungueo nace en Puerto Rico por el año 2000 y que se caracteriza por ser un baile sensual y lascivo que se realiza con las rodillas ligeramente flexionadas y agitando vigorosamente las caderas. ¿Y *sandunguera*? Según el diccionario Vox, se refiere a aquel que tiene gracia, que tiene sandunga, o salero. Salero además

incluye un poco de elegancia. Aunque sandungueando no nos veamos muy elegantes que digamos.

En México parece ser muy común que te vayas de sandunga toda la noche, aunque en Venezuela utilizamos otro ritmo para eso, la rumba. Resulta que *sandunga* o *zandunga* es además una canción mexicana, significa: música honda y profunda en zapoteca. Luego de escuchar *La zandunga* en YouTube no deja de sorprenderme la distancia que hay entre esa música que oigo y la que canta Don Omar ¿Y la cumbia sandungótica? Esa la dejamos para otro rito.

isabelmercedes@gmail.com

Año II / N° XXVII / 20 de octubre del 2014



El zoológico de la lengua

Laura Jaramillo

No es que ahora me metí a veterinaria. No. Resulta y acontece que un día *enchinchorrá*, me percaté de que tenemos una extraordinaria capacidad para emular ciertas características o actitudes de los animales, lo cual, no faltaba más, se refleja en nuestro hablar cotidiano.

Muchas veces estamos hablando de alguien (chismeando, pues) y no encontramos esa palabra exacta que necesitamos para describirla (como el caso de *vaina*). Entonces, inmediatamente, en la mayoría de las veces,

Edgardo Malaver, der., dijo: “No tenía ilación alguna, pues... ilación sin hache, por supuesto”; a su der., el cumpleaños Leonardo Laverde y Marilyn Martini



asociamos las características de un animal con ese alguien, es decir, metaforizamos el lenguaje.

Por esta razón, a continuación les presento algunos animalillos que tienen actitudes semejantes a las humanas, o al revés:

- Sapo: persona a la que le encanta croar (cantar) de más; contar los secretos de otras personas. Existe un libro que se titula *El cartel de los sapos*, escrito por un colombiano que estuvo asociado al narcotráfico de ese país.
- Rata: persona maliciosa. También se le puede decir *ratón*, *ratica* o *ratuno*, todo depende de la intensidad de la malicia.
- Conejo: puede significar dos cosas. Generalmente, hace referencia a una persona inocente, también se le puede decir *blanca paloma*, pero en los bajos fondos, se le dice conejo a la persona que compra o consume droga.
- Cuaima piña: persona lista, ágil, peligrosa. Es un adjetivo común para describir a las mujeres. En Colombia, el equivalente es *tatacoa*, una serpiente del desierto que lleva el mismo nombre, la tatacoa. Hasta las telenovelas se les conoce como teleculebrones, por tener la capacidad de enrollar la historia.
- Urraca: persona que habla hasta por los codos. Incluso, para ser más enfático en el adjetivo dirigido a la persona, es común usar el pleonismo *urraca parlanchina*.
- Cacatúa: persona que intenta como que esconder la pila de años que lleva encima, por medio de maquillajes recargados y ropaje extravagante.
(En estas dos últimas especies, estoy segura de que todos, al igual que yo, tienen una vecina híbrida, o sea, *cacaturraca*.)
- Buitre: persona a la que le encanta regocijarse en las desgracias de otros (no en vano se habla de *fondos buitres*). También puede ser una persona capaz de aprovechar las oportunidades que se le presentan (como el antiguo *manager* de los Navegantes del Magallanes, Phil Regan, conocido como El Buitre).
- Abeja: persona que está pilas, que sabe cómo actuar ante las dificultades. También persona que trabaja mucho.

No solo asemejamos el modo de ser, sino también, el aspecto físico. ¿Cuántas veces no hemos visto un perro igualítico al dueño? Yo lo certifico.

En fin, el zoológico de la lengua es tan extenso, al igual que nuestra creatividad, así que aprovechemos esta oportunidad

para asemejar a las personas que conocemos, amigos, parejas, familiares, conocidos, etc., con cualquier animal, y enriquecer el maravilloso mundo del lenguaje metafórico.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XXVIII / 27 de octubre del 2014



El calambur no es otro cambur más

Ramón Aparicio

Así es, mi estimado lector. El calambur no es otro nombre pintoresco como «cuyaco», «guineo», «topocho» o «titiario» con el cual podemos designar una variedad de fruta tropical muy apreciada en Venezuela. El calambur no contiene tres azúcares naturales ni goza de un alto contenido de potasio ni lo puede ingerir después de un maratón. La verdad es que el calambur ni siquiera es una sabrosa fruta sino un sabroso juego de palabras que consiste en modificar el significado de una palabra o frase agrupando de distinto modo sus sílabas:

«Útil es dejar dinero» o «Útiles de jardinero»

El calambur más famoso de la historia de la lengua castellana se atribuye a Francisco de Quevedo, quien tuvo el tupé de llamar «coja» a la reina Isabel de Borbón en su cara sin que esta se ofendiera, para ganar así una apuesta. Presentóse Quevedo ante la Reina en la plaza pública con una flor en cada mano y luego de una cortés reverencia le dijo el siguiente calambur: "Entre el clavel blanco y la rosa roja, su Majestad *escoja*".

El calambur pertenece al grupo de las figuras morfológicas (aquellas que alteran la estructura interna de las palabras) y es un recurso muy utilizado en juegos de palabras y adivinanzas: «Con dados se ganan condados» (Góngora); «Si el Rey no muere, el Reino muere» (Alonso de Mendoza); Oro parece, plata no es. ¿Qué es?; Tu amoroso tocar, mi corazón delata o Tu amor osó tocar mi corazón de lata. Y no podía faltar el calambur más popular en Venezuela de un tiempo para acá: "Mi Comandante... *Sr. Juez...*".

teiwazkan@hotmail.com

Año II / N° XXIX / 3 de noviembre del 2014

¿Cómo se apellida la avenida Solano?

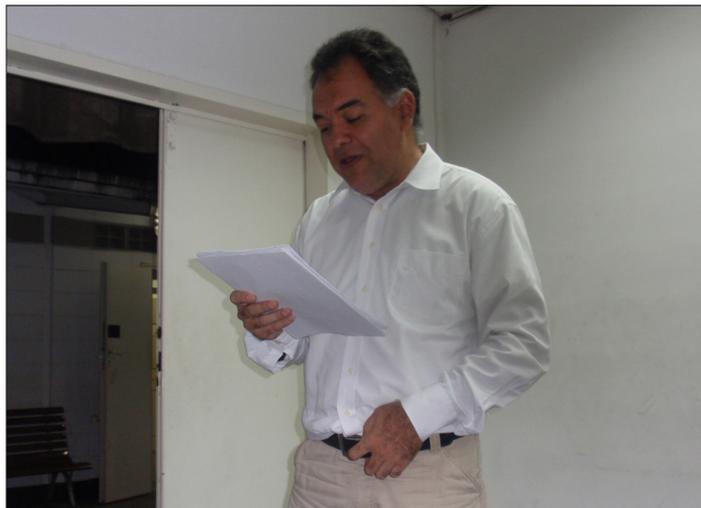
Edgardo Malaver Lárez

Francisco Solano nació en la ciudad andaluza de Montilla el 10 de marzo de 1549. Pertenecía a la Orden de san Francisco de Asís, cuyo amor por la pobreza y la alegría lo atrajo poderosamente en su primera juventud. A los 40 años, solicitó ser enviado a predicar en África, pero fue enviado a América y, durante 20 años, recorrió el sur del continente predicando la palabra de Dios, mayormente a los indígenas. Un naufragio lo dejó en Lima el año siguiente y desde ahí, a pie y movido por el deseo de salvar almas para el Señor, viajó más de 3.000 kilómetros hasta Tucumán, Argentina, donde estaba destinado. Fray Francisco cumplió su misión entre el Chaco paraguayo y Santa Fe, entre Uruguay y Córdoba, entre el Río de la Plata y Bolivia. Algunos de sus biógrafos dicen que tocaba bien el violín y la guitarra y alegraba con ellos a todos los que lo rodeaban, siguiendo siempre el ejemplo del “pobre de Asís”. Pobre y santo, murió en su habitación en julio de 1610; fue proclamado santo en 1726.

Pero no es él a quien se homenajea con la existencia en Caracas de una avenida Solano.

Carlos Antonio López nació en Asunción, Paraguay, el 4 de noviembre de 1792. Como san Francisco Solano, ingresó en el seminario muy joven, pero por consejo de su familia. Más tarde, prefirió estudiar derecho y, después, oponerse políticamente a su tío José Gaspar Rodríguez de Francia, que entre 1816 y 1840, año de su muerte, ostentó el título de dictador perpetuo del Paraguay. Después de los dos

Edgardo Malaver no solo es el ideólogo del blog sino que ha escrito 16 de los 37 ritos publicados en este número de *Eventos*: todo un *et cetera* profesional, pues



golpes de estado de 1841, López terminó siendo secretario del comandante general Mariano Roque Alonso (1792-1853), líder del levantamiento. En 1844, el Congreso tenía que elegir presidente y López se convirtió así en el primer presidente constitucional de la República de Paraguay al entrar en vigencia la nueva constitución que él había contribuido a redactar. Su primer período debía terminar, y terminó, en 1854, pero lo reeligieron para tres años más, a pesar del saldo autocrático de su primer gobierno, amparado por las muchas omisiones de su constitución. Al final de su segundo período, fue reelecto para 10 años más, pero la muerte lo alcanzó en 1862. Y entonces, gracias a su estratégica ubicación en el cargo de vicepresidente, su hijo de 35 años heredó el poder.

Tampoco es este abogado López al que los caraqueños nombran al recorrer la avenida Solano.

El joven hijo del difunto presidente, que recibía una nación en relativo progreso, en sus primeros años construyó hospitales, teatros, escuelas y oratorios, abrió vías férreas y otorgó becas a estudiantes. Inauguró su gobierno anunciando una política nacionalista y de hecho protagonizó varios conatos de invasión a sus vecinos más cercanos. En 1865, condujo al país a la Guerra de la Triple Alianza, contra Brasil, Uruguay y Argentina, en la cual perdió la vida durante la Batalla del Cerro Corá en marzo de 1870. En Francia, como embajador, se había enamorado de una irlandesa, que trajo a Paraguay en contra de la voluntad de su familia y que le dio siete de sus diez hijos. Había nacido, como su padre, en Asunción el 24 de julio de 1826 con un apellido que se encargó de legar a una tercera generación de políticos y soldados paraguayos. A causa de la devoción a aquel santo español que recorrió media América del Sur a pie, había sido bautizado con el nombre de Francisco Solano.

Este mariscal López es el epónimo de la afamada avenida caraqueña.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XXX / 10 de noviembre del 2014



Úslar Pietri, el erudito, ahora es un *polímata*

Edgardo Malaver Lárez

A los estudiantes de Lengua Española I del 2014 en la Escuela de Idiomas de la UCV, que siempre me enseñan palabras.

En un artículo que leíamos en Castellano III en la Escuela de Idiomas cuando yo era estudiante, “El tamaño del mundo” (*El Nacional*, 21 de septiembre de 1986, pág. A-4), que luego he utilizado en clase como profesor, Arturo Úslar Pietri deja clara la idea de que el mundo de cada quien es del tamaño de su vocabulario. Y pocos autores hay como Úslar Pietri para ensanchar, agrandar y ampliar el vocabulario de cualquier lector, por más breve que sea el texto suyo que uno está leyendo.

Hace una semana les llevé a los estudiantes de Lengua Española I este texto para que hicieran su última evaluación del año y mientras hablábamos un poco de él, una de las muchachas me preguntó: “¿Cómo se llaman las personas que tienen muchas profesiones?”. Primero dije: “¿Sabelotodo?”, pero luego, más en serio, les expliqué lo que era un *policamburista*, que hace unos 20 años que no oigo ya en labios venezolanos, pero en menos de un minuto alguien había encontrado el término en Internet: *polímata*. Palabra nueva para mí. A la mitad del grupo le pareció increíble que no lo conociera.

Busco, antes de escribir esto, la palabra *polímata* en el diccionario de la Real Academia y no la encuentro. Me ofrece *polímita*, que se refiere a los muchos colores que puede tener una tela. Sigo buscando ahora en Internet y, evitando a toda costa a Wikipedia, me tropiezo con un comentario de alguien que dice que es un neologismo que proviene del griego — todo un oxímoron, ¿no? — que significa ‘que conoce mucho’ o ‘que es capaz de aprender de muchos asuntos’, por lo cual comparte raíz con ‘matemática’. Lo busco en otros idiomas y descubro que en inglés Wordreference da *polymath*. Moliner no lo pone. Seco tampoco. Como no soy especialista en etimología y mucho menos en griego, me voy a contentar momentáneamente con este pequeño ensanchamiento de mi mundo de palabras.

El quid del asunto lo veo, quizá, en la información, tampoco muy confiable, de que se trata de un neologismo. Y probablemente la señal más clara de que lo es sea que la Real Academia no lo ha incluido en su diccionario. Otro detalle que combina con el fenómeno es que a menudo nacen de alguna parte, como en todo ecosistema, por aquí y

por allá, sin que nadie sepa cómo ni cuándo, palabras nuevas que ha inventado gente que en algún momento ha sentido la necesidad de poner nombre a alguna idea que se le ha ocurrido. Por ejemplo, usted quiere hablar de una persona que al mismo tiempo ha sido escritor, político, periodista, diplomático, legislador, lingüista, historiador, poeta, orador, músico, abogado, profesor universitario, teólogo y traductor, todo al mismo tiempo (Cecilio Acosta, Fermín Toro, Udón Pérez, Rafael María Baralt, Andrés Bello, etc., todo el siglo XIX en pocas palabras) y no se le ocurre un hiperónimo que agrupe todos esos oficios, y se dice: “Caramba, nos falta una palabra, hay que crearla”. Y le sale... ¡*polímata*! ¿Y *erudito*? ¿Y *polígrafo*? ¿Y *sabio*? ¿Y *humanista*? ¿Y *renacentista*? ¿Y *docto*? ¿Y *letrado*?

Por otro lado, ¡la raíz de *polímata* será la misma que la de *autómata*, la de *galimatías*, la de *materia* y la de *matar*? Presumo que no, pero me gustaría oír (o leer) lo que digan o consigan mis alumnos de Lengua Española I, ojalá que antes de que nos volvamos a ver en Lengua Española II.

Si me tocara a mí hacerlo, le daría una cálida bienvenida a la palabra *polímata*. ¡La de palabras que al principio nos parecen extravagantes y luego se meten en nuestro mundo! Quién sabe si para mis nietos será una palabra tan común como son para mí ahora *teléfono*, *canoa* y *camisa*. Lo que no podemos admitirnos a nosotros mismos es actuar como la madre del patito feo: vivir feliz en su pequeñísimo mundo conocido y creer que más allá de la baranda de su jardín no había nada.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XXXI / 17 de noviembre del 2014



¿Y si ahora las gallinas colocaran los huevos?

Sara Cecilia Pacheco

Nunca falta entre los hablantes aquel que quiera jactarse de hablar mejor que los otros. Sienten, supongo, un placer elevado de manejar un léxico aparentemente superior al de los demás. Supongo también que son benevolentes al querer cambiar a los demás (pequeños hablantes inferiores) y decir que las cosas se dicen como ellos las dicen y punto.

Y en su afán por cambiar el mundo (al menos el de la lengua), predicán cambios a veces irritantes, a veces risibles. Tal

es el caso del pobre verbo *poner*, recién dejado en vergüenza. Resulta que el gran error de la vida de este verbo, que desde siempre ha sido uno de los predilectos de los hablantes (me imagino que por su tamaño), fue caer en el campo semántico de la cría, y de paso con las gallinas. Esos animalejos inquietos que te pueden mirar mal como a la sal, se han dedicado desde siempre (o al menos desde que la primera gallina lo hizo, si es que fue primero la gallina y no su hijo) a *PONER* huevos. Y ese fue el error del verbo en cuestión.

Ahora los seres humanos, seres superiores, claro está, no pueden rebajarse a *poner*. Y así cada vez hay más gente que te corrige si dices: "Mira, te puse las copias en el escritorio", y te diga: "Las que ponen son las gallinas". Y de ahí empiezan unos y otros a autocorregirse y a dejar de decir *poner* y en su lugar dicen *colocar* que, es cierto, en determinados contextos pueden ser sinónimos pero en muchos no. Ya he oído estudiantes universitarios decirme: "Es que me coloqué a estudiar fue en la noche"... Y hubo una vez un niño que me dijo: "Me coloqué bravo...". Un día una reportera de TeleVén concluyó su nota diciendo: "...y piden a las autoridades que se coloquen en los zapatos del otro". Y la gota que derramó el vaso es un sacerdote que en misa dice: "Pueden colocarse de pie".

No solo *colocar* no es sinónimo de *poner* en estos casos sino que su uso transgrede locuciones verbales, y todo esto solo porque cuando hablamos del nacimiento de los pobres pollitos también usamos el verbo *poner*. ¿Cuál será el resentimiento en contra de las gallinas? ¿Y si ahora las gallinas colocaran los huevos? Entonces, ¿salvarían del infierno al pobre *poner*? Habría que contarles a estos hablantes que *poner* no hizo nada malo para ser usado como acto de dar vida a los pollos sino que sufre de polisemia.

Por otro lado me pregunto si estos hablantes superiores ya habrán cambiado *tooodas* las frases donde usamos el verbo *poner*. Me pregunto si ellos cantarán: "Yo lo que quiero es *colocarte* a ti... Yo lo que quiero es *colocarte* a ti..."; le dirán a una amiga: "*Colócate* bonita para la fiesta", y les dirán a sus hijos: "*¡Colócate* las pilas!".

sarace.pacheco@gmail.com

Año II / N° XXXII / 24 de noviembre del 2014



El lenguaje metafórico del beisbol (I)

Laura Jaramillo

El beisbol forma parte de nuestra cultura como venezolanos. La temporada del beisbol nos vuelca totalmente la vida, porque nos hace olvidar por instantes los problemas del día a día. El beisbol es nuestra excusa para burlarnos, después del partido, del compañero que recibió *nueve arepas*.

Ahora bien, el beisbol como parte de nosotros, también es parte de nuestro lenguaje cotidiano, porque nos ayuda a expresarnos: cuando queremos que nuestro discurso quede bien clarito, el lenguaje del beisbol nos salva la partida. Veamos algunos ejemplos:

- Cuando nos sorprenden en alguna situación indebida, decimos que nos agarraron *fuera de base*.
- Cuando tenemos que tomar una difícil decisión, nos encontramos en *tres y dos*.
- Si una persona está errada en lo que dice o hace, esa persona *batea de foul*.
- Si nos encontramos con una persona que lo único que hace es dormir, comer y *más na*, decimos que esa persona *ni cacha ni picha ni batea la pelota*.
- Cuando nos dan una información que no esperábamos, quedamos *fly* o *ponchaos*.
- Si una persona se pega la lotería, la *sacó de jonrón*.
- Si una persona comienza a decir incoherencias o burradas, decimos que *se le hinchó el bolazo*.
- Cuando un hombre, como cosa rara, pues, quiere tener más de una relación sentimental, decimos que juega *doble play*.

Como podemos ver, la metáfora es cotidiana, el lenguaje es cotidiano y el beisbol también; entonces, el lenguaje deportivo es una fiesta social y forma parte de la idiosincrasia del venezolano.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XXXIII / 1° de diciembre del 2014

El lenguaje metafórico del beisbol (II)

Laura Jaramillo

Siguiendo con el tema, ahora veamos la incursión de la metáfora cotidiana en el lenguaje del beisbol, es decir, ahora es el lenguaje de nuestro día a día el que usamos cuando de beisbol se habla. Incluso, quizás, hay expresiones inventadas que nos sirven para describir esas diferentes situaciones que se presentan durante un partido de pelotas.

Veamos algunas de estas expresiones metafóricas:

- Carrera de caballito: cuando las bases están llenas y el bateador de turno recibe boleto o base por bolas, lo cual impulsa el movimiento de los jugadores hacia las bases siguientes, así, el de tercera se mueve anotando una carrera. También se le conoce como carrera de carrusel.
- Caballo: así se le llama también al beisbolista.
- Diamante: el terreno de juego. Si unimos imaginariamente todas las bases, tendremos un hermoso diamante.
- Lomita: lugar de trabajo del pítcher. No es que sea propiamente una loma, más bien, un montoncito de tierra, también conocido como morrito.
- Serpentero: pítcher que tiene un movimiento especial del brazo al realizar el lanzamiento de la pelota.
- Plato: se le dice a la base principal, el *home*, donde están el *catcher*, el *umpire* y el bateador.
- Jardinero: jugador defensivo; hay jardinero central, jardinero derecho y jardinero izquierdo.
- Abanicar: el movimiento que hace el jugador cuando lo ponchan.
- Arepas: cuando un equipo hace 0 carreras en todo el partido.
- Bambinazo: jonrón. Proviene del jugador Babe Ruth, gran jonronero conocido como el *Bambino*.

No sé de dónde proviene tanta creatividad, pero pienso que la necesidad de apropiarnos de esta disciplina deportiva, proveniente principalmente de los Estados Unidos, ha facilitado la invención de palabras que sustituyan las del inglés, y así acercar cada día más el beisbol a nosotros, a nuestras hermosísimas cultura y lengua.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XXXIV / 8 de diciembre del 2014

El lenguaje metafórico del beisbol (y III)

Laura Jaramillo

Ahora veamos un poco el lado periodístico del tema, ya que el beisbol por ser el evento más esperado por venezolanos, el discurso deportivo hace gala de innumerables creaciones lingüísticas, siendo la metáfora la mamá de los helados.

A diario, y aproximadamente por tres meses, las crónicas deben narrar lo acontecido, tomando en cuenta que el lector, que primero es fanático, necesita de una lectura que le rememore lo ya vivido. Por esta razón, el periodista hace uso de un lenguaje bastante particular, ya que, analizando la cosa, es posible observar un cierto canibalismo[1].

La metáfora cognitiva es el vehículo perfecto para desarrollar las crónicas del beisbol, así como sucede con las crónicas del fútbol. Para el beisbol, la metáfora es lo caníbal, y para el fútbol, la metáfora es lo bélico. Aunque, en ambos discursos deportivos existen más metáforas deportivas pertenecientes a distintos campos semánticos.

En nuestro beisbol tenemos ocho equipos: Leones del Caracas, Navegantes del Magallanes, Tiburones de La Guaira, Bravos de Margarita, Águilas del Zulia, Cardenales de Lara, Caribes de Anzoátegui y Tigres de Aragua.

Podemos observar que cinco equipos son representados por animales (leones, tiburones, águilas, cardenales, tigres) y los otros por hombres (piratas e indios).

El equipo de la UE 2013-2014: delante, las dos pasantes Margelyn Argüello, izq., y Joana Do Rego, der., impulsoras del blog *Ritos de Ilación*; atrás de izq. a der., los compiladores de *Eventos*: Leonardo Laverde, Luisa Teresa Arenas y Edgardo Malaver



Veamos algunos ejemplos de este canibalismo en titulares tomados de uno de los principales diarios deportivos de Venezuela, *Meridiano*:

- “Tigres devoró al Caracas” (11/01/2007).
- “Luis Raven mató al Tigre” (14/01/2007).
- “Magallanes golpeó al Caracas” (03/12/2008).
- “Magallanes al acecho” (21/12/2008).
- “Estacazos de invictos para Águilas del Zulia” (16/10/2014).
- “Caribes mató en extraining” (16/10/2014).
- “Tiburón alzado” (19/10/2014).
- “Magallanes ligó su tercer triunfo al hilo al masacrar a Bravos” (09/11/2014).

El lenguaje tiene tantos recovecos, que de donde uno menos piensa salta la liebre, o sea, la lengua tiene muchos aspectos todavía por descubrir, especialmente del lenguaje deportivo, que cada día se reinventa, agregándole sabor al deporte y, por supuesto, a la lengua.

[1] La idea sobre el canibalismo deportivo es cortesía de la profesora Aura Marina Boadas, quien alguna vez me comentó sobre esta curiosidad del lenguaje deportivo.

laurajaramilloreal@yahoo.com

Año II / N° XXXV / 15 de diciembre del 2014



La sílaba que se le perdió a la Navidad

Edgardo Malaver Lárez

Según Benedicto XVI (2012), lo más probable es que Jesús haya nacido en el año 6 antes de Cristo. No es una broma, ni siquiera una perogrullada. Es la evidencia de que la práctica de registrar el día del nacimiento de la gente, recordarlo cada año e incluso celebrarlo, por lo menos en el caso de los pobres, es más reciente, quizá posterior al Imperio Romano. La Navidad, posiblemente por esa razón, comenzó a celebrarse en el año 345. Antes de esta fecha, parece, los cristianos se dedicaban a cosas más serias, quizá a lo verdaderamente importante: ser cristianos. No trato de decir que la Navidad no sea cosa seria o importante, porque lo es muchísimo, sino que inmensamente más importante

que la fecha y las celebraciones, que son la superficie del asunto, es el significado de aquel acontecimiento, que puede ser personal e íntimo para cada quien.

En esta ocasión pretendo, apenas mencionar, ni siquiera examinar, un detalle totalmente superficial: la mera palabra *Navidad*... y, más superficial que eso, una sílaba de esta palabra que ni siquiera aparece en ella.

Navidad proviene de la palabra latina *nativitas*, es decir, ‘natividad’. Sin buscar en el diccionario, puede uno imaginarse que dirá: acción y efecto de nacer. *Nativitas* es un sustantivo que deriva de *natus*, participio del verbo *nasci* (nacer). Se ve, ¿verdad?, que, entonces, de ella han de venir nuestras contemporáneas y utilizadísimas *nación*, *connacional*, *renacimiento*, *natural*, *naturaleza*, *nativo*, *nato*, *neonato*, *natalicio*, *natal* e incluso los nombres propios Natalia y Renato. Etcétera.

Además, en italiano la Navidad se llama *Natale*; en portugués, *Natal*; en catalán y en gallego, *Nadal*. Se ve, ¿verdad?, que en esas lenguas la palabra que se utiliza en la actualidad deriva, como en español, de la latina. Todas conservan la raíz que tenía en latín. La sílaba *ti* de *nativitas* ha subsistido en todas ellas, sea que se la pronuncie con consonante sorda o sonora. Subsiste.

Siendo así, ¿qué pasó con la sílaba *ti* en español?

Bibliografía

Benedicto XVI (2012). *La infancia de Jesús*.

Trad. J. Fernando del Río. Barcelona: Planeta.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XXXVI / 22 de diciembre del 2014



Un año pasado que se queda

Edgardo Malaver Lárez

Siempre se tropieza uno con la misma disyuntiva en la noche de san Silvestre, la misma dubitación, la misma ambigüedad: ¿estar contento porque se aproxima un tiempo nuevo o entristecerse porque está a punto de acabar una época que, a fin de cuentas, no nos ha tratado tan mal? Maracaibo 15 lo pone en términos diáfanos, al cantarle al viejo año lo que todos podríamos decirnos a nosotros mismos:

Las cosas viejas como tú las botan
y más si saben que otro llegará,
pero no llores, échate un trago,
que yo te recordaré
por los ratos que de felicidad
en tus días yo pasé.

La noche del 31 de diciembre se encuentra, como bien dijo Rubén Darío, "a la orilla del abismo misterioso de lo eterno". Nos levanta, como a Jorge Luis Borges, "la sospecha general y borrosa del enigma del tiempo". Es un instante infinitamente efímero en que estamos en el borde entre lo enteramente conocido y lo totalmente por conocer. Es el "*mezzo del camin*" de Dante revivido cada año, en un solo minuto.

El eslabón entre una cosa y la otra, entre los significativos "ratos que de felicidad en sus días hemos vivido" y los enigmáticos y borrosos siglos que nos ofrece ahora el abismo de lo eterno, entre el más acá y el más allá de esa orilla, entre la certeza de lo vivido y el vacío de lo aún por vivir, tiene que ser la memoria, que reconoce lo primero y no se halla a gusto, aún, en medio de lo último. La memoria, que a nada se aferra como a lo vivido, bello o macabro, nos lleva a sentir aprehensión respecto de lo que ha de venir después de las "doce irreparables campanadas".

Andrés Eloy Blanco, solo en Madrid a medianoche del 31 de diciembre de 1923, recuerda a su madre y no puede disfrutar la fiesta que lo circunda. Como el gaitero, observa que el mundo está contento en un momento en que él está triste. El año termina y el poeta mira hacia atrás, que es como mirar hacia sí mismo, hacia su interior. Se da cuenta de que "por aquella balumba en que da gritos la ciudad histérica", su soledad y el recuerdo "marchan como dos penas". Y esta soledad es más solitaria por la presencia de la memoria, la que no se acostumbra con docilidad a lo nuevo, por más alegría que nos prometa:

Yo estoy tan solo, madre,
¡tan solo!, pero miento, que ojalá lo estuviera;
estoy con tu recuerdo y el recuerdo es un año
pasado que se queda.

emalaver@gmail.com

Año II / N° XXXVII / 29 de diciembre del 2014



Y aquí estamos felices en el 5º Festival de Lectura Chacao después del club dedicado al centenario de Vicente Gerbasi: de der. a izq., Leonardo Laverde, Edgardo Malaver, Hylayali Valera, Rafael Castillo Zapata, Luisa Teresa Arenas, Rosalinda Caizea, Gabriela González, Joana Do Rego, Margelyn Argüello y María Fernanda Benítez

